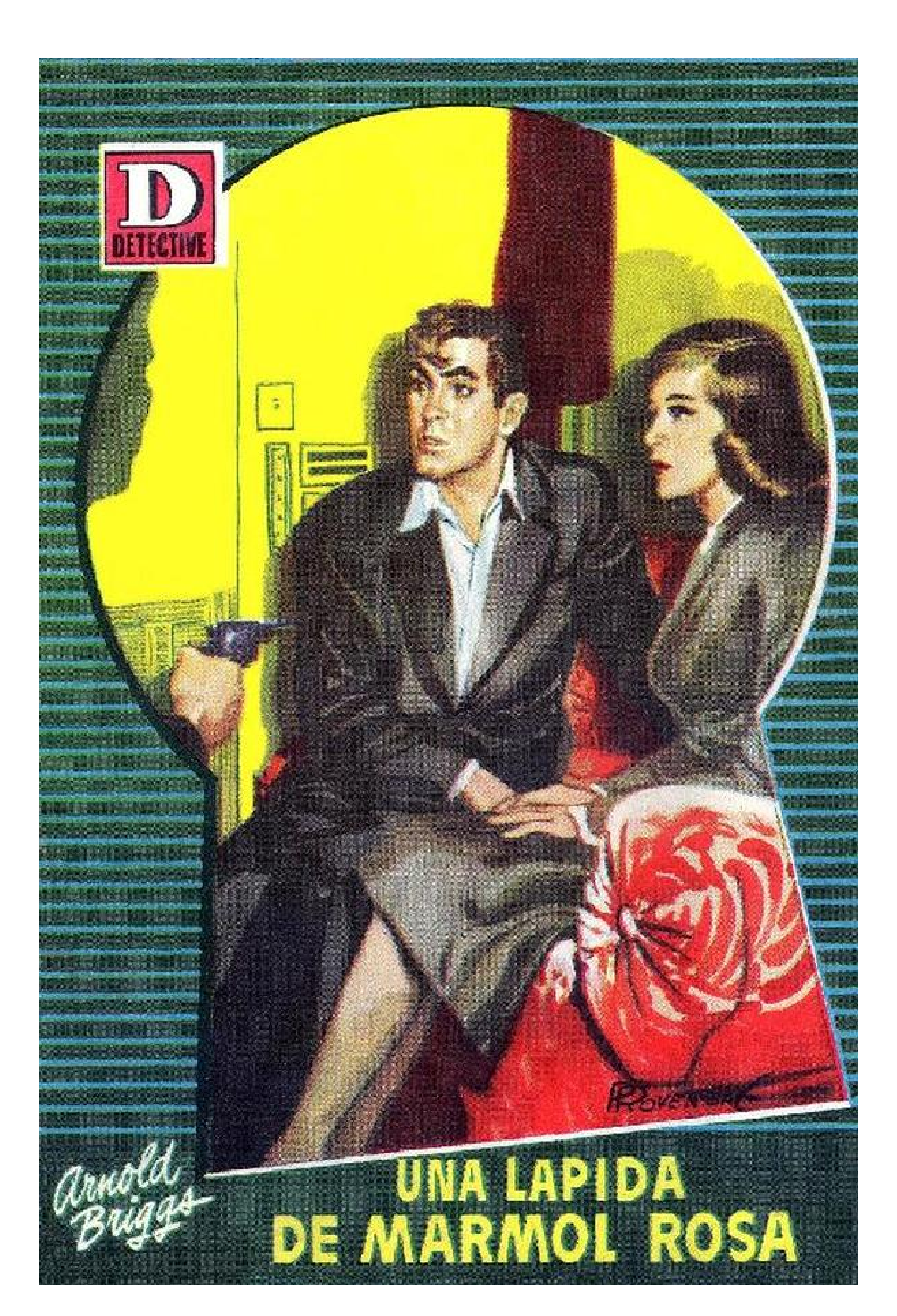

D
DETECTIVE
Arnold Briggs
UNA LAPIDA
DE MARMOL ROSA

Excelente novela negra con detective salido de la prisión que, siendo inocente, se ve arrastrado a enfrentarse con el crimen de más baja estofa pero que también se encara con la corrupción y falsedad de las clases pudientes.

Archer Brumel provoca una reyerta en un bar de Nueva York en Nochevieja. Él es un detective que acaba de salir de la prisión donde estaba cumpliendo una pena por homicidio; mató involuntariamente y en defensa propia a su socio cuando descubrió que éste escondía bajo su negocio un red de tráfico de drogas. En el «Trocadero» encuentra a un viejo amigo, Adrián Wilcox, acompañado de la bella Silvia Marcy; Brumel le reprocha que deje a su esposa —una antigua prometida suya— en noche tan señalada y eso provoca el rifirrafe. Todo se resuelve cuando Wilcox explica que Silvia es una amiga de la familia y que él está felizmente casado.

Al día siguiente Archer recibe la visita de Silvia quien le informa que Wilcox se ha suicidado y de cómo sospecha de que todo ello se trata de una trama asesina urdida por los Marcy, que, al no poder declararla loca, quieren matarla y han envenenado a Wilcox para que no desvele un secreto que podría hundir su fortuna y su reputación. Ésta no la única vista que recibe Archer; poco después es acosado por dos rufianes, Minelli y Marloy, antiguos compinches de su socio muerto, quienes le quieren obligar a que desvele dónde guardó el fallecido un alijo de marihuana. La trama se complica aún más cuando Silvia desvela a Archer que ella tiene una enfermedad cardiaca congénita que la matará en breve pero que tiene guardado el secreto de los Marcy en la consulta del médico que lleva su caso, el doctor Elliot.

Archer es secuestrado y torturado por los rufianes —aunque consigue escapar—. Silvia muere en extrañas circunstancias y el detective recibe su legado, una lápida de mármol rosa donde se desvela que los Marcy han hecho su fortuna a partir de una gran estafa. La visita a los ricos Marcy parece demostrar la corrupción de esta rica familia pero finalmente se desvela que en realidad Silvia estaba trastocada, Wilcox se suicidó inducido por ésta y ella murió a causa de su enfermedad. Minelli y Marlow son detenidos, Archer

confiesa a la policía el paradero del alijo demostrando así que en ningún momento tuvo que ver con los tratos de su socio. Finalmente Archer recibe una invitación para formar parte de la policía al tiempo que inicia una relación con la viuda de su amigo Wilcox, Ann, a la que siempre había amado.

Intensa novela negra con buenos personajes que se enfrentan movidos por circunstancias extrañas. Archer es un excelente protagonista y en su condición de héroe caído que necesita una redención lleva con solidez el peso de la narración. Los secundarios, especialmente Silvia, son altamente interesantes y destaca el relato por la brillantez con que el autor describe los diversos ambientes sociales. La novela tiene un desenlace algo decepcionante y precipitado pero tiene pasajes de notable intensidad estilística —«Pero hay noches en que hasta el menos imaginativo se encuentra de pronto hueco por dentro, solo y como un náufrago a punto de sumergirse sin salvación» (p. 5)—, nombres de personajes con una notable carga semántica —de Archer Brumel a Orson Minelli— y algunas frases memorables: «Hemos nacido para equivocarnos y tratar de corregirnos» (p. 94).

Sinopsis extraída de: http://peterdebry.blogspot.com/2009/11/una-lapida-de-marmol-rosa.html



Arnold Briggs

Una lápida de mármol rosa

Detective - 21

ePub r1.0
LDS 06.03.19

Título original: *A pink memorial stone*
Arnold Briggs, 1953
Traducción directa del inglés: Antonio López
Ilustraciones interiores: Juan Antonio Parras
Portada: Provensal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




1918
Una lápida de mármol rosa
por ARNOLD BRIGGS
D
DETECTIVE

CAPÍTULO PRIMERO

Archer Brumel, al empujar la puerta giratoria del «Trocadero», no dedicó la menor atención al mágico automatismo que describiendo un cuarto de vuelta, transformaba radicalmente la fría atmósfera helada del exterior en cálido ambiente de ruidosa animación.

No se detuvo a analizar este fenómeno normalmente reiterado, porque Archer Brumel no era un imaginativo, sino un hombre de acción.

Pero hay noches en que hasta el menos, imaginativo se encuentra de pronto hueco por dentro, solo y como un náufrago a punto de sumergirse sin salvación.

La inmensa herradura central del «Trocadero», bullía de cordial efervescencia. Los consumidores de aperitivos se sentían propensos a reír, y los camareros compartían también su alegre disposición de ánimo.

La Nochevieja creaba aquella humana fraternidad superficial. Y porque eran las nueve de la noche en que el año se despedía, Archer Brumel se encontraba por completo desprovisto de consistencia.

Vestía con negligente elegancia, y en el rostro irregular, el arqueo de las cejas y algo indefinible en sus pardos ojos, le confería la acostumbrada expresión que un fiscal agresivamente irónico había calificado tres años antes, con manoteo acusador y frases incisivas:

»—La trivial afirmación de que la cara es reflejo del alma, es rotundamente real en este hombre que debéis condenar, porque con sólo mirarle el rostro, ya sabéis quién es Archer Brumel. Un "gangster" filosófico, que no puede escudarse en carencia de cerebro. Un malhechor escéptico, que se burla de todo. Un aventurero que nuestra sociedad debe recluir…

Los periódicos reprodujeron la calificación fiscal, y Archer Brumel, bajo su fotografía, disfrutó del apodo de «gangster filosófico».

El defensor pretextó que los rostros irónicamente amables no bastan para juzgar del carácter de un hombre, y obtuvo un éxito de público, cuando indicó que el principal componente del jurado, hombre conocido por su bondad y moral, poseía un semblante a todas luces escalofriante.

Si Brumel evocaba las laboriosas sesiones que terminaron con una condena de cinco años, se debía a que prefería pensar en otras cosas, evadirse de la obsesión de que todos los que le rodeaban estaban eufóricos, y él, habitualmente risueño y conformista, sentía una honda rebelión íntima.

No tenía hogar. No quería detenerse a pensar que era por su culpa. Veía tan sólo que, tornadas sus copas, los bebedores se despedían con frases cariñosas.

Oía comentarios dichos con familiaridad entre gente que en otras noches y a aquellas mismas horas, apenas se miraban.

—¡Feliz Año Nuevo!

—Mañana se harán ricos los fabricantes de bicarbonato.

—No, gracias. Quiero entrar rectamente por mi puerta.

Iban despejándose mesas, y salían abrazados a sus paquetes, los que iban a sus hogares a celebrar la clásica cena.

En los altos taburetes, las pocas sirenas nocturnas, reían estridentemente, sin que sus ojos participasen de la general euforia.

También ellas, pensó Brumel. También ellas estaban solas aquella noche. El tercer combinado de jerez seco con jugo de limón, empezó a devolverle su habitual optimismo sonriente.

Y fue entonces cuando miró a la que, sin imaginárselo, iba a constituir una futura pesadilla extraña.

La vió por el espejo frontal, al otro lado de la barra. Ella estaba a unos tres metros a su izquierda.

Se apoyaba con un codo en la barra y su otro codo se doblaba sobre el hombro de un individuo al que no miró Brumel.

Había algo exótico, inquietante, en el semblante de la desconocida. Tal vez fueran los pómulos salientes, o las hundidas mejillas. No era bonita, pero poseía una inmensa atracción. En sus rasgos atormentados, la boca pulposa tenía una mueca dubitativa, y

los claros ojos reflejaban indecisión.

No se daba cuenta de que Brumel la detallaba, dejando ya de mirarla por el espejo.

El cabello rubio cobrizo le sentaba bien al gorro de lana que, años antes, los modistos crearon para las esquiadoras. El abrigo de pieles colocado sobre el taburete a su lado, podía ser legítimo.

Lo que si era legítimo, era que la flacura del rostro no se debía a flaqueza corporal. Desde los hombros hasta los tacones, no había la menor arista aguda.

Archer Brumel no apartó la vista cuando ella de pronto le miró. El individuo que estaba al otro lado, dejó de hablar…

Y se aproximó.

Daba la sensación de ser un hombre que se bañaba y afeitaba tres veces al día. Cada prenda de su excelente indumentaria, encajaba perfectamente.

Adrián Wilcox merecía su renombre de ser uno de los abogados criminalistas mejor vestidos de Brooklyn.

—Hola, Brumel. ¿Es que no quieres saludar a los amigos?

—Vamos a dejarlo en conocidos y gracias, ¿no? —sonrió Brumel.

Wilcox rió sin rencor. Se volvió un poco para invitar:

—Ven, Silvia. Es un amigo mío. Por cierto que estabas como alelado, mirando a Silvia.

En pie, ella ganaba, además de estatura, realce. Su vestido de punto azul tenía ribetes blancos y deportivas redondeces.

—Te presento a Archer Brumel, un verdadero caso. ¿Qué estabas tornando, muchacho? Sirve lo mismo para mi amigo, Jack. Y lo mismo para nosotros… No estoy bebido, Brumel. Sólo un poco alegre. Siéntate entre nosotros dos, Silvia. Has de saber que este muchacho estudió conmigo.

Había mucha exuberancia en el abogado, frialdad en ella, y cierto sarcasmo en la ojeada que Brumel dedicaba alternativamente a la pareja.

Silvia Marcy tuvo una repentina intuición. Aquel desconocido al que Wilcox, en su euforia alcohólica, estaba tratando con tanta cordialidad, iba a proporcionar un disgusto.

Y sin embargo, la pregunta que dirigió Brumel parecía muy inocente:

—¿Qué tal sigue Ana?

Adrián Wilcox mojó los labios en el alto y estrecho vaso repleto de borgoña. Ella crispó las mandíbulas.

Archer Brumel prosiguió:

—No me gusta meterme en lo que no me importa, Wilcox, pero Ana es una buena chica. Te estará esperando… Es Nochevieja. Me tiene sin cuidado que esta damisela me considere altamente antipático, porque tiene razón. Pero no es con ella con quien deberías estar ahora, Wilcox. Hay muchas noches en el año, pero ésta deberías dedicársela a Ana.

Adrián Wilcox asintió, y Brumel, cogiendo su vaso, se dispuso a beber.

Lo soltó como si quemara.

Evitó así que el cristal le abriera la boca de oreja a oreja. El puñetazo que en revés y repentinamente asestó Wilcox, empujó hacia atrás a Silvia Marcy, que tuvo que asirse con las dos manos a la barra, para no caer de espaldas.

El largo brazo del abogado era musculoso.

Archer Brumel se dió palpablemente cuenta de que en forma tan repentina como había sido la inesperada y alevosa agresión, se le hinchaba el extremo izquierdo de la boca.

Por estar de pie, no cayó bajo el golpe, pero retrocedió un par de pasos, mareado, pestañeando.

Fué un instinto ajeno a su poco clara mente, el que le hizo levantar la rodilla. Y Adrián Wilcox, que se abalanzaba contra él, se inclinó repentinamente, en saludo involuntario.

Archer Brumel ya no atendió a un instinto obscuro, sino a clarísimo furor, al levantar el puño izquierdo y bajar con rapidez el derecho.

Sintió en la espinilla derecha un dolor agudo, que le asombró, porque su doble puñetazo había sido eficaz, y Adrián Wilcox, tocándose el estómago, trataba de conservarse inclinado, sin caerse.

Un remolino de gente en rededor, algo que le arañaba la mejilla, Archer Brumel se oyó decir, tartajosamente:

—No ha pasado nada aquí. Despejen y no acaparen el aire respirable. No ha pasado nada.

Pero alguien le sujetaba por el codo, y decía:

—Está sangrando. No está lejos un dispensario.

Archer Brumel se miró las solapas. Indudablemente sangraba copiosamente… Vió cómo la gente abría paso y otro individuo, sosteniendo también por el codo a Wilcox inclinado hacia delante y tambaleándose, ordenaba, repitiendo su frase:

—No ha pasado nada. Sigan celebrando la Noche Vieja.

Era curioso, pero los policías tenían como una etiqueta colgando del cuello. No cabía duda que aquellos dos serviciales acompañantes pertenecían a cualquier nómina policial.

Adrián Wilcox era sostenido por el otro brazo cariñosamente por Silvia Marcy.

La puerta, al girar, cortó en dos la zona intermedia entre la tibieza interior y el helor callejero, donde los transeúntes caminaban aprisa, encogidos…

Y Adrián Wilcox seguía encogido, porque el rodillazo de Brumel, al ser complementado con el puño hundiéndose en el mismo sitio, precisamente en pleno estómago, le impedía erguirse.

El que cogía del brazo a Brumel no se molestó al dar éste una sacudida.

—Puedo andar solo, gracias.

—Unas copas de más, ¿no?

Atravesaban ya el umbral enrojecido por la linterna indicadora, el trío formado por Silvia Marcy, Adrián Wilcox y el acompañante voluntario.

Archer Brumel dio vuelta al pañuelo que se aplicaba sobre la comisura izquierda de la boca.

Tartajeó:

—Me está bien empleado por meterme a redentor.

El practicante de guardia le estaba ya examinando con ojeada indiferente. Dijo:

—Venga aquí y tiéndase. Un par de grapas y asunto concluido.

Archer Brumel se tendió en la mesa del pequeño quirófano. Cerró los ojos, pensando que la americana de «*tweed*» marrón que había estrenado aquella tarde, perdería su buen corte al ir a la tintorería prematuramente.

Percibió la mordedura de dos grapas, pero en la hinchada carne la sensibilidad estaba adormecida.

Le estaba bien empleado. Indudablemente, era el extraño influjo de la Nochevieja.

¿Qué le importaba a él, que Wilcox, en vez de estar con su esposa estuviera bebiendo en compañía de una sirena nocturna del «Trocadero»?

Oyó a su lado la voz de Wilcox:

—¡Córcholis qué idiotas hemos sido, Brumel! Perdona, chico… Ya me he despejado y tienes que perdonarme.

—A distancia prudente, Wilcox, por favor —indicó Brumel, incorporándose.

El practicante le llamó la atención, porque le estaba alzando la pierna derecha. Miró.

El pantalón de franela tenía una mucha roja, y en la parte afilada, la pierna mostraba un rosetón sangrante.

Silvia Marcy anuncio, con rencorosa entonación triunfal:

—Fui yo.

Quedaba explicado aquel dolor agudo… Archer Brumel sonrió agriamente:

—Los lindos pies no ofenden, pero su zapato machaca, encanto. Le gusta meter baza, ¿no?

Adrián Wilcox, evidentemente contrariado, dijo:

—Vamos a olvidarlo, Archer. Explícales cómo fué la cosa a estos dos caballeros.

Sentado en la mesa, miró Brumel a los dos «caballeros». Y Wilcox prosiguió:

—Se piensan que pasó algo que nos callamos.

—¡Oh, no! —intervino uno de los dos acompañantes—. A usted lo conocemos de oídas, señor Wilcox, pero como resulta que este señor tiene un apellido poco corriente… también le conocemos de oídas.

Archer Brumel bajó de la mesa, palpándose con mimo el bulto de gasa y esparadrapo. Pensó que la segunda tira de esparadrapo correspondía al arañazo femenino complementando el puntapié en la espinilla.

—Lo sucedido no tiene importancia. Me metí a consejero moral, y con mucha razón me largó Wilcox un soberano cachete.

—Fue algo nervioso, impremeditado, te lo juro, Archer.

—No lo dudo, leguleyo. Pero de ahora en adelante, si quieres brindar conmigo, yo también te juro que será a una distancia no menor de diez metros. Tienes el brazo muy largo, amiguito.

—Bien. Queda aclarado para nosotros. Es, pues, una peleíta sin importancia. Pero ellos han de dar parte —dijo uno de los policías, señalando a los de la blusa blanca—. Den sus nombres y direcciones. Es Nochevieja y todo ha sido resultado de unas copas de más. Buenas noches. Felices fiestas.

—Felices fiestas —dijo también el otro policía, sin ironía.

Y ambos abandonaron la sala de curas de urgencia.

Adrián Wilcox alternaba sus palpeos en masaje suave, desde el estómago a la nuca.

El médico de guardia inscribía en la hojilla impresa lo que iba declarando Silvia Marcy. Con la pluma llamó a Wilcox, mientras firmaba ella.

Archer Brumel quiso sonreír medio aburrido, medio divertido. Pero gruñó, mordiendo una imprecación. No estaba en físicas condiciones de sonreír.

Prefirió no mirar a la que a su lado, comentó:

—Ahora estará contento, ¿verdad?

—Horrores. Fíjese en mis labios cómo se carcajean. Chuta usted que es un primor, Silvia.

Wilcox firmó, y la pluma del médico hizo señales hacia Brumel. El abogado tenía cercos lívidos en rededor de los ojos, y si le había aliviado y «despejado» el vomitivo, no le quitaba las agujetas de la nuca y el hormigueo en su estómago.

—Vámonos, Silvia. Tú conducirás mi coche. No me guardas rencor, ¿eh, Brumel?

—Cuando se me deshinche la boca, te contestaré. Anda, no pongas esa cara de cabra apenada. Ya te he dicho que me ha estado bien empleado por meterme donde no me llamaban. Felices fiestas. Paz y concordia entre la gente de buena voluntad… incluida la chutadora.

Silvia Marcy elevó los hombros con plástica expresión de su antipatía despreciativa.

Adrián Wilcox tendió la diestra, y Brumel retrocedió dos pasos.

—Todavía es pronto, leguleyo, para gestos amistosos, porque me sigue doliendo el labio partido. Esta noche los dos pensaremos poco cariñosamente el uno en el otro, paro mañana año nuevo, vida nueva.

Wilcox sonrió crispadamente, y asiendo el brazo derecho de

Silvia Marcy, se despidió ritualmente:

—Felices fiestas a todos.

El médico, impaciente, agitó la pluma:

—Usted, ¿cómo se llama?

—Archer Brumel.

—¿Reside?

—En Greenwich, 66 Mount Bloc. Una decentísima pensión, donde tengo alquilado un departamento. Un sitio excelente.

—Firme aquí.

Antes de firmar, leyó las dos líneas precedentes. La calificación médico-legal, decía:

«Contusión leve labio superior. Reyerta».

—Felices fiestas —refunfuñó el médico de guardia.

En la calle, Archer Brumel contempló disgustado su canadiense. También las gotas de sangre habían tachonado el hermoso gris del tejido, y se amazacotaban los pelos de las pieles del cuello en dos porciones.

Siempre había sido igual. Sangraba como un becerro, aparatosamente Y encajaba formidablemente, sorprendiendo a sus agresores.

Llamó a un taxi que rodaba lentamente por la 23, desierta, helada… Dió la dirección de Greenwich.

Pensó en Ana Wilcox. Una mujer sencilla, distinguida, verdaderamente toda una señora. Cada cual nace con su Destino. Ella se había enamorado de Adrián Wilcox, y éste prefería perder horas de aquella noche tan única, con una cualquiera.

«Una Katherine Hepburn con menos años y más carnes», meditó, recordando a Silvia Marcy. Se acarició por encima del pantalón el disco de gasa bajo el que había escozor.

En Greenwich, el Montparnasse neoyorkino, las iluminadas ventanas transparentaban escenas acordes con la noche final de año.

Honorables y ventrudos ciudadanos con un gorro de papel encasquetado grotescamente, caras rientes, mesas rutilantes.

Bajó del taxi y atravesó el jardincillo Había elegido bien su alojamiento. Entrada privada, a la derecha de la principal.

Un salón, una alcoba y un cuarto de baño. Las comidas se las servían cuando las solicitaba por el teléfono interior. No era cara aquella comodidad por cien dólares, dada la escasez de viviendas.

Mientras se desnudaba, hizo un cálculo. Había pagado dos meses por adelantado, y el once de enero debía renovar el pago.

El sastre, la maleta llena de ropa, la radiogramola y cuatro caprichos, habían reducido a una suma ínfima el peculio con que dos meses antes salió de la cárcel.

—Año nuevo, vida nueva —opinó, mientras vestía un pijama.

No quería volver a salir. Se emborracharía si volvía a la calle. Prefirió dormir, y cortés pero firmemente denegó al teléfono la invitación de la dueña de la pensión, para compartir la algazara trepidante de los comedores y salones de la planta alta.

La tumefacción que redondeaba el lado izquierdo de su boca, empezó a latir como un péndulo matemáticamente ajustado.

No era problema, sabiendo por experiencia que hay organismos humanos que aguantas mucho. Se deshincharía, y quedaría una pequeña cicatriz que con él tiempo se borraría.

El tiempo lo borra todo.

Consiguió dormirse, pero exactamente a la medianoche el ulular de las sirenas, el bocineo de claxons y un rumor de griterío le despertó para hacerle saber que se iniciaba un año nuevo.

Con los ojos cerrados, palpándose el apósito, se figuró las efusiones habituales. Las doce uvas…

—Doce tiros y no tres, debí darte, Harris —susurró.

No era un deseo realizable, puesto que habían bastado las tres veces que apretó el gatillo para terminar con Grant Harris.

No era tampoco humano pensar con tanta saña en un difunto…, pero si en aquella noche se encontraba solo, con veintidós dólares por toda fortuna y ninguna esperanza de conseguir empleo decente, toda la culpa la tenía el difunto Grant Harris.

Los cuatro días siguientes con sus noches, Archer Brumel no salió de su departamento. Leyó mucho, dormitó. Dió por explicación a su apósito, que había chocado contra un poste en Nochevieja.

Al quinto día, un practicante vino a quitarle las grapas, y bastó con un poco de esparadrapo. Le quitó también medio incisivo incrustado en la pulpa interior del labio…

Terminaba de vestir su traje cruzado, rayas «diplomático», cuando llamaron a su puerta. La puerta privada, que daba al jardincillo.

Fué a abrir, y saludó:

—Adelante, chutadora. ¿A qué debemos el mutuo disgusto de volvernos a ver, Silvia?

CAPÍTULO II

Silvia Marcy entró sin replicar. Había mayor angulosidad en su rostro, como si algún mal interno demacrara sus mejillas, respetando los suaves contornos de su cuerpo.

Archer Brumel, cerrando, extendió los brazos en amplio ademán:

—Mi casa, toda tuya.

Ella fué a sentarse en el único sillón. El preferido, junto a la radiogramola.

No había otro asiento que un escabel, aunque generalmente lo empleaba Brumel para los pies.

Los claros ojos grises parecieron detallar como si le viera bajo diferente aspecto, al que insinuó:

—¿Vienes a presentarme excusas, Silvia?

—Usted se equivoca conmigo, Brumel. ¿Quién supone que soy?

—Las pocas veces que entré en el «Trocadero», allá te vi. No es que mi código te repudie, y si aquella noche hablé como lo hice, no era mi propósito ofenderte, sino evitar que fuera ofendida una mujer que no se lo merecía. Y me refiero a Ana Wilcox.

—Usted saca conclusiones demasiado aprisa, Brumel. Me he decidido a venir, por recomendación de Wilcox.

—¿Qué tal terminó la Nochevieja?

—El en su casa, y yo, tras besar a Ana Wilcox, me fui a mi hotel. Puede telefonear a Ana, si no me cree. Ella sabe perfectamente que soy muy distinta a lo que usted supone.

—¿Qué supongo yo?

—Me ha confundido con una cualquiera de las que acuden solas al «Trocadero», y se equivoca de lleno.

—Me he equivocado, y pido mil perdones, y ya está. He terminado mi provisión de bar. Pero puedo pedir…

—No me hace falta. Gracias. Wilcox me dijo, hace tres días, que usted no encontraba empleo, y que había tenido mucha desgracia con aquel asunto de Grant Harris.

Los pardos ojos de Archer Brumel tuvieron destellos risueños.

—Sé que soy feo pero interesante. Lo que ignoraba es que tanto le interesara mi situación y domicilio provisional, señorita Silvia.

—He venido dispuesta a que ambos tengamos un poco de paciencia. No quiero ofenderle, y le agradecería que no me ofendiera.

—Es curioso, pero tiene usted un semblante trágicamente atractivo, Silvia. Y habla como no suelen hablar las que transitan solas por el «Trocadero». ¿Qué más le dijo Wilcox, acerca de mi gran talento y calamitosos antecedentes?

—Usted estudió Leyes, no terminando la carrera. Al quedar huérfano se asoció con un antiguo condiscípulo que regentaba una agencia de detectives, y con el cual fué prosperando, hasta que lo mató.

—Puesto así, suena mal, señorita Silvia —sonrió, sin la menor amabilidad, Archer Brumel.

—Leí cuanto hacía referencia a la muerte de Harris. Y Wilcox me proporcionó una copia literal del expediente. Grant Harris era poco escrupuloso, y le enzarzó a usted en un negocio muy sucio, donde estaban mezclados dos «gangsters». El fiscal le acusó a usted de estar en complicidad, pero sólo le condenaron a cinco años, por «homicidio impremeditado», dándole todas las atenuantes. Cumplió tres por buena conducta. Le perjudicó el adoptar una actitud cínica… o sincera. Cuando usted se dió cuenta de que Harris le había mezclado en un contrabando de estupefacientes, y que había engañado también a los dos «gangsters», usted le golpeó, y Harris disparó…

—Me lo sé todo, créame. Estaba presente.

Sin inmutarse, ella prosiguió:

—Le perjudica para encontrar empleo la resonancia que tuvo su proceso, ya que durante cierto tiempo fué usted considerado como un pistolero más, encubierto bajo una licencia de detective. Y como no quiere usted rebajarse a aceptar trabajo de sus antiguos conocidos, ni puede recuperar su licencia…

—Acabaré mal, ¿no? Todo esto está muy archiconocido, Silvia.

Lo que escapa a mi natural inteligencia, es el motivo por el que ha venido usted a deleitarme con su visión.

—Son las doce y cuarto, y en la edición matutina de los periódicos no ha aparecido la noticia aún.

—¿Qué noticia?

—Necesito ser prolija. Tal vez indiscreta. Me aseguró el pobre Wilcox que usted, pese a su apariencia cínica, tenía buen corazón. Yo no pienso solicitar su compasiva amabilidad, Brumel.

—¿El pobre Wilcox? ¿Mi compasiva amabilidad?

—Seré rudamente sincera, Brumel. Al repasar los periódicos y revistas, vi que varios reporters coincidían en apodarle «pistolero amable», basándose en el desenlace del asunto Harris, y sus declaraciones ante el Tribunal. Usted dijo textualmente: «Si me condenan, recuérdenlo. Me convertirán en un pistolero cuando salga…, y amablemente se lo reprocharé la segunda vez que nos veamos reunidos, si es que logran traerme esposado y vivo aquí».

—Dije muchas tonterías. Empieza usted a interesarme… sin tener en cuenta su interesante personalidad corporal, Silvia.

—Yo puedo necesitar de su reconocida inteligencia, de su agresiva serenidad y de su… habilidad disparando, Brumel.

Lo anunció ella suavemente, sin mirarle. Archer Brumel tenía a gala creerse un hombre ya de vuelta de todos los caminos.

Comentó:

—Por el preámbulo deduzco que usted necesita un amable pistolero. Y ha sido muy gentil al pensar en mí. Tampoco ha estado mal en Wilcox el recomendarme.

—No es lo que se imagina, Brumel.

—«No es lo que se supone, Brumel», «no es lo que se imagina, Brumel» —dijo él, remedando el tono de Silvia Marcy—. Todavía conservo cierta educación, y por esto no la invito a largarse.

—Desearía que usted me escuchara hasta el fin, sin enojarse conmigo. No puedo recurrir a un detective privado, ni a la policía.

—¿Por qué no?

—Porque la policía me tomaría por una loca, y los detectives también. Y hasta podrían importunar a los Marcy.

—¿Usted no es una Marcy? Escuche… Yo estoy dispuesto a oírla con amabilidad, y cuando termine, puede largarse. Pero me anunció que iba a ser indiscreta. No que iba a ser confusamente

incomprensible.

—Seguramente, usted no leerá nunca los ecos de sociedad.

—No, pero me despepitan los chistes de manicomio. Le pido claridad, y me sale usted por las ramas. Agárrese al tronco, ¿quiere? Usted ha venido a decirme que necesita un pistolero bien educado y de confianza, dos cualidades que, según parece, Wilcox me reconoce. Y teme ir a la policía, porque la recomendarían a un psiquiatra. Un temor que puede estar justificadísimo.

—He aludido a los ecos de sociedad, porque en ellos aparecen frecuentemente Herbert Marcy, Bárbara Marcy, Joris Marcy y Aubrey Marcy, respectivamente mis tíos y mi prima. Residen en los Hampton, en Montawak. Fuimos coherederos. Yo abandoné los Hampton el verano último. Sólo a raíz de esto decidí consultar con Wilcox.

Silvia Marcy, que había abierto su bolso, tendió un recorte de periódico, y Brumel leyó en voz alta:

> «LA MISTERIOSA AGRESIÓN DE NEWBURG.
>
> »La primera investigación parece corroborar las declaraciones de Silvia Marcy.
>
> »Nueva York, 12 de diciembre. —Parece que las declaraciones de Silvia Marcy son rigurosamente exactas. El hombre que ella no pudo identificar y que la narcotizó, tendiéndola después sobre los rieles del ferrocarril entre Newburg y Southampton, pretendió con ello simular un accidente.
>
> »El testimonio del maquinista, que afortunadamente divisó el cuerpo tendido y logró frenar cuando los topes delanteros distaban escasamente unos metros, acredita la versión dada por la víctima frustrada.
>
> »Para capturar al odioso agresor, los investigadores fundan grandes esperanzas en las huellas de neumáticos descubiertas en un sendero, en las proximidades de la vía férrea».

Archer Brumel devolvió el recorte. Ella comentó: La policía abandonó las investigaciones cuando comprobó que las huellas de neumáticos correspondían a mi «Mercury», y que yo misma había comprado el soporífero. Me sermonearon dando por natural que yo inventara una agresión masculina para encubrir mi propósito de suicidarme, ya que averiguaron que yo estaba enamorada de mi tío Joris, el cual no lo está de mí. Un desengaño amoroso, que se me pasaría, dijo el comisario, paternalmente. Y yo no estaría aquí, ni hubiera consultado con Wilcox… si primero no hubiese consultado a un médico… Y el pobre Wilcox viviría. Lo han encontrado esta mañana, a las nueve y media, muerto en su despacho.

CAPÍTULO III

Archer Brumel, por primera vez en la entrevista, se sentó en el escabel, frente a la que, trágicamente dilatados los ojos, añadió:

—Lo he sabido por Ana. Le telefoneé a las once, para preguntarle si su marido podía recibirme por la tarde… He ido a la casa. La policía ha deducido que Wilcox se envenenó… También había comprado el arsénico. Estaba encerrado en su despacho, y no había recibido ninguna visita. Su secretario y oficinistas están libres de toda sospecha. Pero Wilcox ha muerto por mi culpa… porque «ellos» debieron pensar que yo me había decidido a contarle la verdad a Wilcox.

—Usted se narcotiza, y Wilcox se envenena. Cosas que pasan y tienen su explicación normal. No le busque otros derroteros… Lo siento por Wilcox y por Ana. Él no era mal chico, y ella estará desconsolada. La policía, pese a cuanto se diga en contra, sabe lo que se hace, señorita Marcy. Si abandonaron las pesquisas cuando estuvieron ciertos de que usted no quiso confesar que se iba a suicidar…

—Entonces no quise decir que conocía perfectamente al que me narcotizó. Pero consulté a un médico. Me disgusta lo que voy a decirle, porque volverá usted a opinar que estoy desquiciada.

—Dígalo, de todos modos.

—Tengo una lesión cardíaca grave. El doctor Elliot ha opinado que siempre hay esperanzas… Pero mi padre murió de este mal, y era hereditario. Una debilidad cardíaca. Y… oyendo al doctor Elliot me decidí. «Ellos» no se saldrán con la suya.

—¿Quiénes son esos «ellos»?

—El mes de agosto, exactamente el catorce, me di cuenta de que los Marcy querían matarme. Uno de ellos o de ellas. Lo ignoraba

entonces, hasta que el doce del mes pasado… uno de ellos me colocó sobre la vía del tren. De momento no le digo su nombre… Cuando usted me declare si acepta o no ayudarme, entonces seré más explícita.

—¿Por qué han de desear matarla los Marcy?

—Son ricos, y no necesitan mi parte de herencia. Pero he deducido que piensan sin motivo que yo sé algo muy comprometedor… Lo he deducido por ciertas preguntas…

Repentinamente ella crispó las facciones, y su diestra presionó el costado izquierdo, bajo el seno… Cerró los ojos, quedando completamente inmóvil.

Archer Brumel se levantó, y ella apenas fué audible en un hilo de voz:

—No llame a… nadie… No necesito nada… Se pasará…

Archer Brumel se cruzó de brazos. ¿Era una hábil comedianta Silvia Marcy?

Él había visto a hombres aquejados de la temible falsa angina de pecho. Se quedaban igual que Silvia Marcy. Muy blanco el rostro, e incapaces siquiera de respirar unos segundos… Y después decían que era como recibir una puñalada…

Ella abrió los ojos, respirando fatigosamente. Murmuró:

—Es como recibir una puñalada repentina. No necesito nada, ni hay cordial eficaz. Se va tan pronto como viene. Tomo tres veces al día una medicina recetada por el doctor Elliot. Abreviaré… Antes de esto —y se tocó ella la mano que aun apretaba su costado—, es decir, antes de consultar al doctor Elliot, no quise averiguar… Me parecía que lo mejor era ausentarme, marcharme de Nueva York. Ahora quiero enfrentarme con «ellos», pero a solas no tengo bastante valor ni inteligencia. ¿Aceptaría usted venir conmigo a Montawak?

—Seré brutalmente sincero también. Usted puede ser… una imaginativa maniática, que pretende perjudicar a Joris Marcy, su tío, el que no quiere casarse con usted. Usted puede estar de acuerdo con el doctor Elliot, al que no conozco, para fingir una peligrosa enfermedad, y de este modo, entrar a sangre y fuego en casa de los Marcy, llevándome de compasivo pistolero. No quiero ofenderla…

—Tampoco se ofenderá usted, si le declaro que estoy dispuesta a

pagarle lo que me pida con tal de descubrir por qué horroroso secreto, que ignoro, quieren ellos matarme, y han matado a Wilcox.

—Es mucho más sencillo acudir a la policía.

—No me creerán.

—¿Por qué he de creerla yo?

—Si entonces, cuando me interrogó la policía, no dije quién era el que me dejó narcotizada sobre la vía del tren en Newburg, ahora no me creerían si acusase a… Sabe la policía que en Montawak adquirí fama de excéntrica… y de mentirosa. También lo creía así Wilcox… hasta que ayer mismo le dije de que quiso matarme. Estoy segura que él telefonearía a los Marcy, o iría. No sé…, pero esta mañana ha aparecido muerto.

—Podría ser por cuestiones personales. Escuche, Silvia… Necesito dinero, pero ya me embarqué en un mal asunto, y no pienso nadar dos veces en el mismo río. Además, me gustan horrores las mujeres, pero las considero pescados raros que se deleitan nadando en aguas turbias. ¿Para qué quiere asalariarme, exactamente?

—Requiero su compañía protectora, y su actividad cerebral y física si es precisa, mientras estemos en la residencia de los Marcy en Montawak.

—Trataré de resumir. Usted no quiso encizañarse con sus familiares, pese a haber sido tendida entre rieles, debido a motivos incomprensibles.

—Suponga que fuera Joris Marcy el que quiso matarme.

—Ya… Lo quiere tanto, que hasta le perdona el haberla colocado a merced de toneladas de hierro. Va a consultar al doctor Elliot y decide, luchar, al saber que está grave… O es usted muy resignada, o yo no sé adivinar el patetismo de su serena conformidad, pero para una enferma grave, tiene usted mucha calma.

—Desde pequeña sufrí del corazón. Me fui acostumbrando a la idea de morir joven… No quiero excitar su compasión, sino conseguir su ayuda. Estoy en el hotel «Astoria». Esperaré su decisión hasta mañana, a esta misma hora.

—Un momento. ¿Por qué no ha visitado a una de las abundantes y honorables agencias investigadoras de la ciudad?

—Posee usted ciertas características, Brumel. Proclamo que

contra lo legal, hay ocasiones en que es necesario tomarse la justicia por su mano, sobre todo al repeler una agresión como en el caso de Grant Harris. Y hago mías ciertas palabras de su defensor, cuando rebatió la tesis fiscal de que usted tenía impreso en el semblante la marca del aventurero capaz de fechorías. ¿Es que por las apariencias se puede juzgar? Si los Marcy parecen eminentemente respetables y son respetados en Montawak, ¿significa que son dignos de respeto?

—Va bien, Silvia. Usted opina que un detective no dispararía contra ningún Marcy, cosa que yo haría según y cómo.

Ella, en pie, sin haber sonreído una sola vez, dijo con melancólica sonrisa:

—El pobre Wilcox juró que usted era incapaz de ponerse a favor de los más contra la minoría, sobre todo si esta minoría era una mujer. Él no quería actuar sin base, y por esto me recomendó que no titubeara en consultarle a usted. Yo titubeé…, pero esta mañana, a las nueve y media, ha aparecido muerto el pobre Wilcox.

—¿Sabe algo Ana Wilcox?

—Nada. Fueron amigos de mis padres, y supone ella que yo quería que Wilcox me recomendara buenas inversiones para mi dinero.

—¿Saben los Marcy que usted se ha decidido a declararles la guerra?

—Anoche les telefoneé. Se puso al aparato mi tío Herbert. Le dije que pronto tendrían noticias mías, y que ya había exigido del abogado Wilcox que mantuviera secreto que había sido Joris Marcy…, pero que pronto tendrían noticias mías.

—¿Qué contestó él?

—Me dijo, muy delicadamente, que un viaje por Europa quizá me devolviese la salud mental. Y colgó. En Montawak saben que ellos no quieren tratos conmigo.

—Ya… Empieza a gustarme la idea de visitar a los Marcy. Primero haré unas indagaciones.

—Es lo lógico. Esperaré su decisión, Brumel.

Él no supo qué contestar porque, repentinamente, algo en la expresión de ella al mirarle y hacer una leve inclinación de cabeza, le dió un escalofrío inexplicable.

La miró alejarse… Por un instante, «algo», uno de los tantos

misterios que ninguna ciencia puede explicar, le hizo presentir que la «mentirosa» Silvia Marcy, no mentía al decir que sabía que moriría joven…

Pero cuando cinco minutos después salía a la calle, Archer Brumel había recuperado su habitual escepticismo.

La mujer era un adorable pececillo raro de hermosos colores, que navegaba con deleite en aguas turbias.

CAPÍTULO IV

—Hola, «gangster» —rió el periodista—. Te invito a café. Lo que son las cosas… Precisamente hace unos minutos pensaba en ti.

—Y yo en ti —replicó Brumel.

—Estudiamos en la misma universidad tú, Wilcox y yo. ¿Te has enterado?

—No. ¿De qué?

—Se suicidó esta mañana.

—¡No! ¿Por qué iba a suicidarse?

—Hipocondría. Dicen que tenía accesos de pesimismo. Últimamente le salió mal una jugada de Bolsa. La realidad es que vivía con demasiada intensidad. ¿Y tú, por qué pensabas en mí? ¿Te has decidido a ser ayudante de periodista, hasta que te consiga plaza?

—Venía a preguntarte si conoces Montawak.

—Querido… Montawak, hasta hace unos días, estaba en la costa sur de Long Island, esta magnífica isla que habitamos. Apenas a una hora de coche de este cafetucho. Una costa magnífica también, de encanto arcaico, con evocaciones de las viejas y benditas aventuras de mar, y con bellas casonas señoriales y antiguas. Alguna de ellas, con su «paseo de las viudas blancas», especie de rotonda alrededor del más elevado torreón de la casona, desde donde las esposas de los capitanes de mar contemplaban el horizonte, deshojando la margarita de la duda, en espera de su lobo de mar. Hoy los vagones de lujo del tren de los sábados rebosan de lobos, pero no de mar, sino de ciudad, cuyos rostros prósperos y aristocráticos hacen frecuentes apariciones en las columnas ilustradas de los mundanales ecos. No emplean sus coches para pasar el fin de semana en la costa sur, porque la carretera tiene muchas curvas. ¿Qué te interesa de

Montawak?

—Saber por casualidad si conoces a unos pájaros llamados Marcy.

—¿Marcy, Marcy? ¡Castaña! Una chica Marcy se colocó en sentido contrario a la dirección de los rieles férreos, inventando un agresor. Asuntos amorosos, etcétera y «bla, bla, bla». En Montawak la consideran superexcéntrica. ¿Te interesa la chica? No es mala idea. Es o era soltera, y tiene fajos de billetes. Siempre pensé que acabarías explotando el físico, porque eres feo…

—Pero interesante. Lo que me maravilla es que conserve aún cierto aprecio por ti, y no te rompa la boca.

—La tuya parece algo rajada, querido.

—¿Es indiscutible que se envenenó Wilcox?

—¡Alto, que ha sonado un tiro! Dijiste que no sabías nada, y yo no he dicho nada de que Adrián se envenenase.

—No veas misterios donde no los hay. Dijiste que se suicidó.

—¡Castaña! La gente, cuando decide suprimirse, tiene a su disposición un catálogo abundante, desde…

—Wilcox era fino, y la gente fina emplea veneno. ¿Quién lleva la investigación?

—Mac Donald. La ha cerrado con todas las de la ley. El vaso con huellas de Adrián, el despacho sin visitas, el veneno adquirido por Adrián. Indiscutible. Eres difícil de ver, Arch. Por cierto, ¿sabes quién me preguntó por ti, anteayer?

—Marta Toren. Es mi favorita —bromeó Brumel.

—Un tío feo, y nada interesante.

El periodista asió por la solapa a Brumel. Bajó la voz:

—En serio, Arch. Cuídate. Te andan buscando Butch Marlow y Orson Minelli. Te agradecen que le dieras su merecido a Harris, pero no acaban de convencerse de que tú no quisiste engañarles. No sé si te buscan para hacerte una proposición deshonesta, o para zumbarte. No les di tu dirección, por la sencilla razón de que no la sé.

—Son dos cretinos.

—Líbrenos la providencia de los cretinos que, cuando ya no saben qué argumento emplear, echan mano al sobaco.

—Que se rasquen, porque son un par de monos. Gracias por el café.

—Oye: ¿por qué no te decides a aceptar mi…?

Pero Archer Brumel estaba ya en la calle. Por más que deseaba ver a Ana Wilcox, no podía sacar valor. No le gustaba ver llorar a una mujer sencilla y buena, sin complicaciones femeninas, y sin embargo muy femenina, como era Ana…

Comió en un automático, y a las tres no se había aún decidido a visitar a Ana…

Consultó el listín, y tras marcar los números, una voz femenina le contestó:

»—¿Tiene cita?

—Quisiera ser recibido por el doctor Elliot, lo antes posible.

»—Mañana por la tarde, de cuatro a cinco, señor. Dígame su nombre.

—Me interesa verlo hoy. Me llamo Archer Brumel.

»—Perdón, señor. ¿Quiere repetir?

Oyó Brumel perfectamente el susurro de unas hojas corriendo bajo un dedo compulsor.

—Archer Brumel.

»—El doctor le recibirá cuando quiera, señor Brumel.

Archer Brumel colgó el aparato, pensativo. Su fama no había llegado tan lejos. Lo ocurrido era que Silvia Marcy dedujo que Brumel consultaría al doctor, habló a éste, y Elliot comunicó a su secretaria que tenía vía libre…

Vía libre. Era extraño aquel amor de Silvia Marcy por su tío Joris. Tan arraigado, que no llevaba a la policía al que, según ella, la quiso convertir en pulpa bajo las ruedas de una locomotora…

Un recibidor de lujo, una antesala de maravilla, y un despacho de ensueño. Un médico de película… con su batín de vendedor de helados, con las iniciales bordadas…

—¿Cómo está usted, señor Brumel?

—Por ahora, pasable, doctor. ¿Y Silvia?

—El secreto profesional tiene una frontera. Si el propio paciente firma este documento, quedo relevado del secreto. Es más, es mi obligación hablar.

El pulcro índice del médico se apoyaba en el final de una hoja, sobre la mesa, que parecía esperar al visitante, ya que estaba delante de él.

Leyó Brumel:

«Persona a quien hay que avisar en caso de accidente: Archer Brumel».

—La señorita Marcy vino a verme en mi casa. Me dijo en esta casilla, dejada en blanco, inscribiera su nombre, señor Brumel.



—Tú y yo, con ochenta mil, podríamos instalar el gran negocio.

—¿Le… le ha ocurrido algo?

—Nada en absoluto. Padece una lesión peligrosa. Puede vivir años, meses, días o horas. No me extenderé en detalles profesionales. Yo he aceptado desde este mediodía, legalmente, hacerme cargo de un sobre lacrado que la señorita Marcy pensaba confiar al abogado señor Wilcox, que esta mañana se suicidó. Este sobre debo entregarlo, en caso de accidente, a la persona indicada en la última línea de este documento. Usted.

—Espero que no tenga que entregármelo nunca, doctor. ¿Sabe el contenido del sobre?

El doctor Elliot, de ascético semblante, pareció calibrar en su visitante la mayor o menor experiencia… Debió quedar satisfecho, y lo manifestó:

—Según a quién, no hablaría como voy a hacerlo. La señorita Marcy pudo ser excéntrica, pero no tiene el menor síntoma de desquiciamiento. Yo no soy partidario de la extendida idea de que habitamos un manicomio universal. No creo que usted se asombre fácilmente, señor Brumel.

—Depende, doctor.

—El sobre en mi poder tiene una forma plana, de un grosor de diez centímetros, y pesa aproximadamente veinte kilos, teniendo una anchura, por lado, de medio metro.

—Un sobre que pone a prueba la musculatura del que lo recibe, ¿no?

—Me informó la señorita Marcy que contiene una lápida de mármol rosa.

Hizo una pausa el doctor, pero Brumel no hizo comentario irónico.

—Supongo que también contendrá instrucciones para el destino de la lápida. Debo informarle de que la señorita Marcy, con mucha valentía, se ha enfrentado con la amarga realidad. Sea pues considerada como casi heroica su excentricidad postrera.

—¿Es que supone usted que ella puede morir tan pronto, como para encargar ya su lápida mortuoria?

—Su lesión es de índole incurable. Puede producirse la ruptura de aneurisma en cualquier instante.

—No puedo acabar de convencerme, doctor. No es que ponga en duda su diagnóstico… Me refiero a la serena valentía de Silvia. En fin, ¡ojalá conserve usted su lápida rosa, hasta el día de la

«Hidrógeno» final!

—Es también mi deseo, señor Brumel. ¿Quiere firmar aquí? Es su aceptación a ser la persona a quien se deba informar de la muerte de la señorita Marcy.

CAPÍTULO V

Archer Brumel decidió, apenas salió del edificio donde el doctor Elliot tenía su lujoso consultorio, visitar a Silvia Marcy.

La probidad profesional, la honorabilidad privada del doctor Elliot quedaban fuera de toda duda, según había asegurado el maldiciente y venenoso periodista interrogado por teléfono.

Le era útil el haber conocido a tantos periodistas mientras fué detective, y… después de romper su asociación con Grant Harris.

Mientras se encaminaba hacia el «Astoria», también ubicado, como los médicos caros, en las proximidades de la Quinta Avenida, Brumel recordó a los dos «monos».

Butch Marlow, el bruto cuya única convicción era que portarse decentemente constituía una enfermedad de cuyo contagio se había librado.

Y Orson Minelli, más peligroso, porque tenía una bestialidad sádica, casi inteligente.

Si Grant Harris les hizo perder unos miles, no iba él a pagar la factura. La había pagado con creces en sus tres años de «buena conducta» en Marionville.

No le chocó demasiado ver a los dos paseantes que, desde la espléndida y entoldada acera frontal del «Astoria», venían a su encuentro.

Si le buscaban, podían haber averiguado su dirección, haberle seguido en espera de buena ocasión para hablarle privadamente, y no encontrándola, impacientes, aparcar su coche y acudir a su encuentro.

El que se destacó adelante fué Minelli. Era el que hablaba.

Archer Brumel bajó las solapas de su canadiense ya restaurada.

Orson Minelli lucía una trinchera tornasolada, muy apretado el

cinto. Envolvía su cuello en pañuelo azul.

Pareció aceptar como sitio de contacto el bordillo de la acera.

—Dichosos los ojos, Arch. Estábamos preocupados Butch y yo, va de veras. Butch está acatarrado. Le pone de mal humor. Dimos contigo este mediodía, y esperábamos poder charlar a gusto. Hace fresco aquí, en la calle. ¿Por qué no entramos en cualquier sitio, o en el coche, si quieres?

—El oxígeno frigorífico tonifica los pulmones, Minelli. ¿Qué es lo que os preocupa a los dos?

—Estuvo bien eso de la legítima defensa, y te libraste con poco tiempo. También estuvo bueno eso de que ignorabas de qué se trataba, y como comprenderás, nosotros también negamos saber nada de la droga que nos birló Harris, el muy cochino…

—Paz a los cerdos muertos, cerdo vivo.

Orson Minelli frunció el entrecejo. Dos pasos atrás, Butch Marlow estornudó…

—No está bien tu actitud, Arch. En aquel asunto, Butch y yo perdimos un dinero que nos hace mucha falta.

—Yo perdí tres años, y no los puedo recuperar.

—Harris escondió la droga, y tú sabes dónde.

—No lo sé, pero si lo supiera, daría lo mismo. ¿Algo más se os ofrece?

—Mitad, y mitad, Arch. Hemos decidido repartir contigo.

—Id entonces a pasar un año y medio a Marionville, y a la salida, repartiremos el resto.

—Eres chistoso, pero maldita la gracia que me hiciste nunca. ¿Te gustaría recibir una paliza?

—Es lo único que con vosotros dos me gustaría repartir.

—Déjame ya, Orson —resopló, atrás, Butch Marlow—. Aquí mismo…

—No seas impaciente, monicaco —sonrió Brumel—. Tienes que escoger una ocasión mejor para que te cruja la nariz. Los transeúntes empezarían a chillar, porque la matanza de cerdos está prohibida en la vía pública.

—Paciencia, Butch —exhortó Minelli—. Este listo se lo pensará.

—Está muy pensado, par de cretinos. Primero y principal: Harris me mantuvo en la inopia hasta el momento decisivo, en que le pedí explicaciones, al tener barruntos de lo que se traía con vosotros.

Segundo y no menos importante: Harris se llevó el secreto, si es que escondió la droga. Y tercero y terminante: con vosotros dos no compartiría yo ni la lotería. Conque… ¡cuidado, Butch! ¡Mira a tu espalda!… Atrás, so borrico… Y no seáis cretinos. Este que se acerca con otros dos a poca distancia, se llama Laird Mac Donald, y es capitán federal.

Orson Minelli no miró, sino que habló en voz alta, efusivamente:

—…Y nuestra decisión es firme, Arch. Adquirir a plazos un par de camiones, y dedicarnos al transporte. Por eso, ya que sin querer pudimos perjudicarte, hemos…

—Buenas tardes, Brumel. Le estaba, buscando, y me dijeron que posiblemente visitaría usted a la señorita Marcy. Supongo que ya habrá dicho a estos dos, quién soy yo.

—¿Cómo está usted, capitán? —sonrió, amablemente, Minelli—. Le estábamos diciendo a Arch que…

—Lo que voy yo a decirle, señor Minelli, es que no siempre somos tan cándidos como podemos parecerle. Se libró del asunto Harris, pero la cuerda se rompe si se moja demasiado en el mismo pozo. Imite a su socio, señor Minelli, y buenas tardes.

Esperó Mac Donald unos instantes, y cuando ya estaban a suficiente distancia en su presurosa retirada los dos maleantes, preguntó:

—¿Le molestaría un consejo, Brumel?

—Con no seguirlo si es malsano, la molestia será suya.

—Está en un error al creerse ya fuera de la sociedad. Aquello ya pasó. Hay infinidad de ocasiones decentes para un hombre como usted. No busque tratos con tipos como éstos, que son profesionales del delito. Usted fué accidentalmente un circunstancial delincuente. Le acompañaré unos momentos, si prefiere andar.

—Andando, porque parado se me hielan los pies. ¿Usted cree que hay infinidad de ocasiones para un tipo al que calificaron de pistolero, porque en vez de recibir los balazos que le destinaba Harris se los incrustó? No me imagino bien al patrón que al pedirme referencias de mi último empleo, le diga yo: «Tres años de presidiario, pero no se asuste. Fué simplemente porque disparé mejor que el otro».

—En fin, Brumel, a lo mío. Esta mañana se suicidó el abogado Wilcox. No me mire así. Comprenderá que, del mismo modo que yo

tolero su susceptibilidad, sé admitir que por haberse peleado la Nochevieja con Wilcox, nada tiene que ver su suicidio con la Nochevieja. Pero como en aquella ocasión estaba presente Silvia Marcy, y acabo de hablar con ella, al saber que ella pensaba que usted la visitaría o llamaría por teléfono, me disponía a buscarle… ¿Qué pasa con la Marcy?

—Le caigo simpático.

—Eso dice ella.

Estaban ya en la confortable tibieza del grandioso vestíbulo del «Waldorf Astoria».

—Hay algo que le agradecería mucho, Brumel.

—En el fondo, usted es un buen hombre, capitán. Y de los más capacitados federales. Casi me defendió, cuando mi asunto. Espere que recuerde… Ah, sí… Dijo usted que yo me ejercitaba a diario al tiro al blanco, porque me gustaban las armas de fuego, pero que si maté a Harris lo hice en legítima defensa. Añadió que con respecto al alijo de drogas, tanto podía ser que supiera dónde estaba como no, pero que ni con tenazas ardiendo me lo sacarían. No sé nada del escondite donde Harris metió las drogas.

—Ya. Ni tampoco sabía nada de Marlow ni Minelli como traficantes. Sino que los conocía porque visitaban a Harris, pero sin saber lo que trataban. Esto es asunto pasado… qué en su día resucitará. Le estaba pidiendo un favor, Brumel.

—No me he enterado.

—Se trata de la esposa de Wilcox. Parece ser que ella tiene plena confianza en usted.

—Quise casarme con ella, pero prefirió a Wilcox. Hizo bien. ¿Dónde está el favor, capitán?

—Se niega terminantemente a admitir que su esposo se suicidara. Le he aducido todas las pruebas categóricas. Le pido que me cite un enemigo, alguien que hubiera tenido interés en inventar un crimen tan perfecto, que resulta suicidio, y no puede citarme a nadie. Su argumento constante es que usted conocía bien a Wilcox, y que usted tiene que ir a verla…

—Pensé hacerlo, pero me duele ver llorar a una mujer tan plácidamente mujer como era Ana.

—Sigue siéndolo. Llora mansamente, y es molesto.

—Por eso mismo no he ido.

—Éste es el favor. ¿Puede posponer una hora su entrevista con la chica Marcy? La simpatía aumentará con la breve espera.

—No hay inconveniente. ¿A dónde iríamos?

—Convenza a la señora Wilcox de que, si yo afirmo que es un suicidio, me haga la merced de creerme.

—Ella quería mucho a Wilcox. No puede resignarse a creer que él quiso suicidarse. Por mi parte, capitán, cuando usted lo afirma, yo no voy a negarlo. Vamos allá.

En el coche, el capitán Mac Donald fué exponiendo las muy fundadas pruebas que demostraban el suicidio. Nadie podía haber obligado a Wilcox a beberse agua con arsénico, que compró para mezclar con queso triturado, según declaró en la droguería, al firmar los motivos de la adquisición.

—Ratas en su casa de campo… hipotecada hasta los cimientos. Estaba a solas en su despacho. Lo testifican cuatro personas muy sinceras, y no me engaño. En fin, si no se ha suicidado el abogado Wilcox, me dedicaré a otro trabajo —concluyó el policía.

—Dejaría algo escrito, ¿no?

—Muchos se suicidan en un arrebato, aunque lo vengan premeditando. Hace falta un cincuenta por cien de cobardía y otro tanto de valentía. Wilcox debía ya hasta el alquiler de su despacho. Perdió todo en una baja del trigo. Tenía depresiones. Pero ella no quiere admitirlo, y yo no tenía por qué insistir, pero me extrañó mucho su confianza en el dictamen de usted.

—Siendo estudiantes, y antes de abandonar yo los estudios, Ana Sterling, cuando ya aceptó ser la novia de Wilcox, decía que yo nunca le mentiría a ella.

—¿En qué se basaba?

—Tuve con ella una verdad muy difícil… Escuche, capitán: le cuento intimidades, porque son limpias, tan sencillas como ella. Me inspiró lo único bueno de mi perra vida. Ser noble.

—Gracias por su franqueza, Arch. Si quiere, cállese.

—Estoy embalado como su coche. Cuando Ana me dijo si yo sería un marido como ella lo quería, dije que sí al momento, porque la quería con el alma… Me arrepentí al instante, y dije la heroica verdad. Yo me conocía bien… Por esto se casó con Wilcox… Él, a la misma pregunta, contestaría un sí rotundo, sin maldad, convencido.

—Arrima al bordillo, James —ordenó, desde el asiento posterior,

el capitán Mac Donald.

El coche policial fué frenado y matemáticamente «arrimado».

—Tenía intención de presenciar su entrevista con ella, Arch Brumel. Renuncio. Me parecería una grosería… ahora. Pero vaya a verla. Y antes de bajar admítame un consejo. Juegue siempre conmigo tan limpio como acaba de hacerlo… al referirse a los motivos por los que Ana Sterling confía más en su opinión que en la mía, técnica e imparcial.

—Ya pasó la ternura evocada, capitán. ¿En qué no juego limpio?

—Su parloteo con Minelli y Marlow, una. Su alegato de simpatía con Silvia Marcy, dos… Dos cartas falsas.

—¿Tan repulsivo soy, que no le puedo ser simpático a una rica heredera?

—Usted es de un guapo subido y especial, muy propio para atraer a locas ricas como la excéntrica Silvia, que trata de comprometer a sus parientes en modo hábil e indirecto. Existe la policía federal, Arch, y yo preferiría ser su amigo.

—Lo es contra viento y marea. Gracias por el taxi, capitán. Es agradable viajar en su interior sin las esposas puestas. Hasta cuando quiera, capitán.

Archer Brumel ondeó la mano hacia el coche que arrancaba. Después, al dar media vuelta y enfrentarse con el umbral del edificio, en uno de cuyos departamentos iba a ser recibido por la única mujer que había querido sin turbiedad de sentidos, casi puramente, permaneció unos instantes indeciso.

Hacía exactamente siete años que no la veía. Había rechazado todas las invitaciones de Adrián Wilcox a pasar un fin de semana con ellos dos.

Hasta había huido cobardemente varias veces al divisarla a ella por las calles de la ciudad.

Era ridículo. Ya no era el colegial… de la heroica verdad. Pero los pésames y fórmulas sociales siempre le habían cohibido. Le parecían mentiras necesarias, pero que si podían soslayarse, aliviaban.

Subiendo en el ascensor, torturó nerviosamente el cinto de su canadiense.

Deformó el ala delantera de su sombrero, después de pulsar el timbre.

Y sólo supo decir incoherencias cuando Ana Sterling se le abrazó en silencio, sin llorar, convulsos los hombros.

—Era un buen muchacho —comentó Brumel—. Trabajaba demasiado, y se tomó demasiado pecho la pérdida en la Bolsa. Te quería horrores, y tanto es así que nunca me supo mal que fueras su esposa. Pero ha sido mejor que no tuvierais hijos. No deberías estar sola. Tienes que llamar a alguien para que te acompañe. Debes comprender que es legal conservar un plazo reglamentario el cuerpo. Vamos, vamos… ¿Dónde está la valiente irlandesita? No está bien que te mortifiques así… Todo pasa… No hay pena que dure años.

Ella se separó y, vuelta de espaldas, se secó el rostro. Dijo:

—Más de siete años sin volvernos a ver, Arch. Pero tú… eres la única persona en quien confío plenamente. Me dijo Adrián…, me dijo lo que motivó vuestra pelea por Nochevieja. Fué como un remordimiento en él, lo que le hizo pegarte. Porque estaba enamorado de Silvia Marcy.

—No te figures lo que no es.

—Ella no le correspondía. Me consta.

—Adrián sólo podía quererte a ti, tontuela. No vayas ahora a sacar falsas deducciones.

—No se suicidó. No era hombre para dejarme así…

—Un mal arrebato. Yo sé lo que es… no se razona. Todo lo ve uno color negro o rojo. Él lo vió negro. Le pareció muy pronunciada la pendiente que debía remontar para rehacer su fortuna.

—Me dijo precisamente, la noche anterior, que Silvia le haría un préstamo. ¿Iba a suicidarse, si tenía la seguridad de obtener una cantidad importante?

—Hay depresiones nerviosas, que tú afortunadamente ignoras.

Se volvió ella:

—Dime la verdad, Arch. ¿Por qué Silvia me hizo prometer que no diría nada del préstamo a la policía?

—Silvia tiene una manía, y cree que sus familiares quieren atentar contra su vida. Hasta ha llegado a suponer que… el suicidio de Adrián no es tal cosa, sino obra de algún Marcy.

—¿Es así?

—Cuanto he comprobado, me confirma la verdad. Se suicidó… ¿Cómo sabes que Silvia y yo nos tratamos?

—Ella me dijo que la confianza que depositó en Adrián, ahora la trasladaba a ti.

—Bien. Vas a hacer una cosa, Ana. Seguir creyendo en mí, porque nunca te mentiré. Tengo ahora que verme con Silvia. Cuanto averigüe, lo sabrás. Y descuida… Eres la única persona en el mundo, salvo mis padres, con quien quiero… jugar a mi modo de entender la limpieza. Vamos, vamos… No llores. Bueno, sí… Es mejor. Vendré a verte tan pronto sepa algo. Pero todo parece demostrar que no hay misterio en lo irreparable.

En la calle, Archer Brumel agradeció el frescor y las heladas saetas de la lluvia. Habían sido muy fraternales los dos abrazos de Ana Sterling, pero le latían las venas aún. ¿Ternura, amor limpiamente de colegial?… Lo ignoraba. Y en el borde de la acera, al disponerse a llamar a un taxi, pensando aun en su reciente emoción, le falló el sexto sentido de la percepción del riesgo, facultad que habían desarrollado sus años de detective privado y de presidiario.

No falló Butch Marlow al extender las manos desde el asiento posterior, ni Orson Minelli conduciendo.

El golpe de culata en la frente, y la atracción simultánea por la nuca, eran matemáticos, al igual que el frenazo y el siguiente arranque del conductor.

Una pareja muy ejercitada, y que sabía aprovechar la ocasión propicia.

Archer Brumel olvidó la niebla exterior, porque otra niebla había invadido su cerebro, mientras mal sentado junto a Butch Marlow, éste le enrollaba con algo parecido a una bufanda la parte inferior del rostro sangrante, y pasaba con destreza simiesca unas cordezuelas por sus codos, rodeándolos.

—Por fin va a hablar sin chistes este maldito gracioso —rezongó, al volante, Minelli—. Cuida de él con cariño hasta que lleguemos a la casita, Butch. Vale casi lo que pesa en miles.

CAPÍTULO VI

Archer Brumel no abrió los ojos, limitándose a entornar levemente los párpados. Una breve rendija suficiente para comprobar el decorado.

Una alcoba, con mobiliario colonial. Y dos «monos» afeando el cuarto…

Su posición, en cierto modo, era cómoda.

Tendido sobre una cama, con los brazos y las piernas en aspa. Los tobillos y muñecas amarrados a los remates del *sommier*…

Butch Marlow, en mangas de camisa, jugaba con el amplio broche de un ancho cinturón, que llevaba enroscado entre sus zarpas.

Orson Minelli, sentado al otro lado de la cama, silbaba una tonadilla popularizada por la orquesta de Xavier Cugat.

Una letra adecuada al decorado:

> «La marihuana, la marihuana,
> no me deja caminar…».

Los pies de Minelli reposaban sobre la cama, a poca distancia de la cadera izquierda de Brumel.

Se mantenía reclinado contra la pared, en sólido equilibrio la silla. Y no le resultaba fatigante dar, de vez en cuando, un taconazo en el flanco de Brumel.

Era como si acompasase la canción, o como si al silbar el compás correspondiente a la palabra «marihuana», le acometiera un espasmo nervioso.

Y en pie al otro lado de la cama, Butch Marlow parecía también

atacado del mismo tic, porque sus anchas manos contraíanse enrededor de la amplia correa, a intervalos tan regulares como los taconazos que administraba Minelli.

Abrió Brumel los ojos. Y, ladeando la cabeza, miró a Minelli.

—¿Vas a preguntar dónde estás y qué te ha pasado, Arch? Te ahorraré saliva, porque la necesitas para respuestas claras. Te vimos salir del «Astoria» con Mac Donald, y nos intrigó saber a dónde ibais. El que la sigue, la mata. Vas de flor en flor, Arch. De la rica heredera a la viudita reciente… ¿Te gusta la habitación? Es una casa muy propicia, porque nos dejó las llaves un amigo que está en Europa, y a ningún policía se le ocurrirá venirnos a buscar aquí. Butch está impaciente por incrustarte el broche de su cinto especial en las carnes, Brumel.

—Lo que debes incrustarte en el meollo, son varias verdades, Orson —replicó Archie—. No sonrías como un tunante listo, porque si la policía tarda en verme, os colgarán la culpa. Y si este orangután me zumba, os arrepentiréis los dos.

—Es un ingrato —dijo Minelli, mirando a su aliado—. Ya ves lo que pasa por ser bueno, Butch. Le estuviste curando la brecha de la frente y ahora se siente gallito amenazador. ¡Larga vela, Butch!

Butch Marlow hizo restallar la correa, antes de que el broche de cierre fuera a golpear en el pecho a Archer Brumel.

El impacto mordiente hizo saltar lágrimas de furor humillado al que permaneció respirando entrecortadamente, tensos brazos y piernas.

—Un momento de espera, Butch. Creo que Arch quiere contarnos un chiste.

—¡Ahí va el chiste! —Y Butch Marlow golpeó por segunda vez, con rara precisión.

El cierre del cinto, se hincó en el verdugón anterior.

—No seas impulsivo, Butch. Podrías hacer daño al chico. Tráele un poco de bebida al chico. Tiene sed el chico.

Cerrados los ojos, Archer Brumel aguardó. Sabía la clase de «tercer grado» que el sádico Orson Minelli emplearía.

Butch Marlow conminó:

—Abre la boca, gandul.

Brumel abrió la boca para complacer la petición y terminar cuanto antes con el interrogatorio.

El líquido restalló contra su cara, y Marlow se retiró, mientras Minelli, chasqueando primero la lengua, como en reproche, decía:

—Eres torpe, Butch; muy torpe. No mortifiques más al chico, porque está muy dispuesto a cantar.

Y Minelli propinó un taconazo conminativo:

—Mientras te relames, óyeme, Arch. Tu socio Harris tenía que distribuir la marihuana que le llevamos. Nosotros no podíamos hacerlo, porque siempre nos hace sombra la brigada de «Stup»[1]. Le pusimos pues entre las sucias manos a Harris un fardo mejicano por valor de setenta grandes, una vez vendido. El asqueroso no lo vendió, y nos consta. Tú tampoco. No tienes en los bolsillos más que una miseria. Eres listo, y no te precipitaste a vender. Nosotros hemos esperado tres años a que salieras, para, que nos devolvieras lo que es nuestro. Me rebela el pensar que además de robados, nos tomen por primos.

Archer Brumel logró reclinar la cabeza, aupándose un poco por contracción de muñecas. Prefirió no mirar a ninguno de sus dos interrogadores, porque hubiera transparentado demasiado su íntimo furor.

Contempló el techo, mientras decía:

—Harris me contó que vosotros le visitabais en secreto para facilitarle pistas de un robo de joyas, que era entonces el trabajo que él y yo teníamos. Me lo creí, hasta que me di cuenta que dos agentes de la «Stup» me seguían los pasos. Agarré por el cuello a Harris, y siguió mintiéndome. Le di un toque de atención, y empezó a cantar, pero de pronto, y a traición, sacó su pistola. No tiró a herir, sino a matar. Por suerte acerté al saltar en dirección contraria a los tiros, y él no. ¡Un momento, Butch! No pegues… porque será peor. Estoy tratando de terminar con este asunto, de una vez por todas. ¿Te consta, no, Orson?

—Puedo esperar unos minutos más, si esperé tres años y dos meses. Échate atrás, Butch, mientras el chico habla. Ya te haré la señal cuando no me guste lo que dice. Adelante, Arch.

—Tienes un poco de sentido común, Orson. Hazlo trabajar. Si Harris y yo hubiéramos ido a medias para engañarte y quedarnos con el alijo de marihuana, ¿nos hubiéramos tiroteado?

—Le quitaste de en medio, para ser el amo de todo. Ésta es nuestra opinión, ¿verdad, Butch? Vamos ya al asunto, Arch. Dinos

tan sólo el sitio donde escondiste el fardo, y quedaremos tan amigos. Puedes muy bien inventar la primera vez. Te quedarás aquí, mientras comprobamos si has mentido o no. Butch volverá a funcionar, pero dejándote la cara convertida en pulpa. ¿Le querías vender marihuana a la chica del «Astoria»? Estas ricas nenas, pagan bien… y fuman caro.

—No te equivoques, Orson. Lo que llevo entre manos con la chica del «Astoria» nada tiene que ver con el asunto. Bueno… Hagamos un trato. Primero, ¿cómo sé yo que cuando tengáis el alijo, regresaré a la circulación?

—Una pregunta necia Por el tráfico nos pueden caer catorce años de chirona. Por matar a una sabandija como tú, nos pueden cascar la eléctrica. La elección no es dudosa.

—El fardo, mal vendido, vale ochenta grandes.

—¿Dónde está? ¡No hagas números ni cálculos! ¿Dónde está?

—¡Nos va a meter un cuento, Orson! —exclamó Marlow, naciendo restallar la correa entre sus manos, y acercándose.

—Déjale, Butch. Es mayor de edad el chico, y ya sabrá lo que más le conviene. Piénsatelo bien, Arch, antes de meterme el embuste. Reflexiona, y tómalo con talento. Si mientes, volveremos. Si dices la verdad, ya mandaremos aviso desde fuera de la frontera para que te vengan a quitar las amarras. Tómalo con talento. No pienses que nos vas a mandar al sur, y mientras tendrás tiempo de librarte e ir al norte. Te consiento que hagas todos los ejercicios comprobatorios, y compruebes que no puedes librarte. Nadie viene a esta casa, ni hay vecinos que puedan oírte. Reflexiona, y elige, mientras Butch y yo, nos preparamos para ir a comprobar si tienes talento.

Archer Brumel vió cómo los dos, revestían la americana y abandonando la alcoba, regresaban al poco, con el abrigo y sombreros puestos.

—Vamos, chico —invitó Minelli—. Suelta ya el embuste o la honrada verdad.

—Está bien. Habéis ganado… Grant Harris tenía por costumbre guardar las cosas de su agrado, en un rincón discreto, que la policía no pudo localizar.

Butch Marlow adelantó agresivamente el busto, y a la vez que estornudaba, quiso hablar:

—¡Y… te lo contó… a ti! ¡Te lo enseñó, su escondite!

—Tenía entonces una amiga, que debe seguir viviendo en el mismo sitio. Mientras ella iba a la compra, Harris se quedaba a solas en su casa. Le vi hurgando en un cofre de hierro, que después escondió en un sitio donde a nadie se le ocurriría. Molly Travers, que era su amiga, lo ignora. Yo lo vi, porque se me ocurrió empezar a sospechar de Harris y le seguí, para acecharle la mañana que llevaba un paquete envuelto en papel de embalar, atado con bramante rojo.

—¡Éste era el fardo! —exultó Minelli.

—Lo metió dentro del cofre, cuando Molly estaba fuera de la casa. Y el cofre, sigue donde lo escondió, y donde pensaba yo recogerlo, tan pronto Molly Travers dejara por unos días su casa, en su viaje mensual a Albany, donde tiene parientes.

—¡Venga ya, venga ya! —apremió Minelli—. ¿Dónde?

—Butch me ha atizado un culatazo, dos correazos y me ha bañado las pupas con *whisky* malo, y babas de estornudo. Todo lo cual sumado a mis tres años de cárcel, lo valoro en veinte mil. Tómalo con talento, Orson Minelli. Reflexiona y elige. Tendrá que matarme este macaco, y os quedaréis sin fardo, y con Mac Donald pisando vuestras huellas. No, no le contengas, Orson. Déjale que me convierta en pulpa y después id a casa de Molly, y con una piqueta empezad a quitar piedra por piedra, y a lo mejor, encontráis el cofre que vale ochenta grandes. He reflexionado ya, Orson. No espero aquí, a pudrirme de rabia, con hambre y sed, prefiero «palmar». ¿Está claro?

Orson Minelli dio un empujón a Marlow, colocándose delante de él, privándole de llegar hasta la cama.

Se pasó la mano por los labios repetidamente. Por fin, inquirió:

—El fallo estuvo en confiar en Harris. ¿Dónde, estará el fallo contigo? Si te doy suelta, tratarás de largarte, o llamar la atención para que nos pesque Mac Donald.

—Yo quería los ochenta para mí, aunque comprendo que me hubiera costado trabajo colocar la mercancía. Pagasteis por ella unos diez mil allá en Méjico. Pero tú lo has dicho, Orson. Fallaste al confiar en Grant Harris. Medita si valgo veinte mil.

—Lo meditaré por el camino. Iré a visitar a Molly Travers. Ya me conoce, porque estuve a verla cuando estiró la pata Harris. Si no

está en su casa, mejor. Si está, tampoco será perder el tiempo, examinarlo todo. No pierdes tú nada con esperar. Descansa mientras, Arch. Te lo has ganado. Al coche, Butch… No es hora de pegar, sino de ver si nos ahorramos veinte mil, dándole diez como promesa a Molly.

Orson Minelli giró sobre sus tacones, para empujar a Marlow hacia la puerta. Apagó la luz, antes de cerrar por fuera.

A obscuras, Archer Brumel distendió los músculos, relajándose. Sabía que era tan inútil intentar volcar la cama, como soltarse. Era forzoso esperar al regreso de los dos maleantes, que aun con la ayuda de Molly Travers, no darían con el original escondite.

De momento, sólo le quedaba esperar. También, él había esperado tres años y dos meses, dispuesto a no estropear con impaciencias lo que consideraba su «compensación».

Le habían condenado, aunque se demostrase que repelió una agresión, porque le consideraron mezclado en un asunto de tráfico de drogas.

Una condena injusta, puesto que sólo tuvo noción de lo que contenía el paquete embalado con papel marrón y bramante rojo, cuando Grant Harris, acorralado a preguntas, decidió que engañar a Minelli y Marlow era un riesgo en que podía incluirle a él mismo.

Si él, Arch, hubiese declarado el escondite, no por ello le hubieran considerado ajeno al sucio negocio, aunque le asegurasen los que le relevaban constantemente en los interrogatorios, que saldría libre.

Y en la cárcel, condenado a cinco años, decidió que ya era hombre tarado. Un «gangster» circunstancial, marcado con un estigma. Se compensaría a la salida, esperando pacientemente la ocasión.

Pensó en Silvia Marcy, que estaría esperando su llamada. Pensó en Ana Sterling, obstinada en negar la evidencia de un suicidio.

Le quemaba el pecho en la hinchazón producida por el doble magullamiento del broche. Una nueva cicatriz se añadiría a la pequeña del labio.

Pero los cortes en la carne iban cicatrizándose. Endurecían. Lo que no se cicatrizaba, era el saberse un licenciado de presidio.

Se durmió y no supo el tiempo que permaneció amodorrado, hasta que le despertó el hormigueo en los pies y en las manos.

Abrió y cerró los dedos de ambas extremidades, para hacer afluir la sangre y evitar el adormecimiento. Sentía un cosquilleo doloroso. Los zapatos parecían pesar toneladas.

Gritar era exponerse a una afonía, ya que Minelli no iba a ser tan torpe como para no haberle amordazado si existían posibilidades de que alguien pudiera acudir al oír gritos.

Se juró que prefería terminar de una vez, a consentir que los dos responsables en cierto modo de que Harris acabara muriendo como un granuja, convirtiéndole a él en un tarado con antecedentes penales, se lucraran.

No cabía conciencia ni moralidad. El propio Mac Donald que quería ser su amigo, no podría defenderle si quedaba demostrado que se calló el escondite, fingiendo ignorarlo, aunque admitiera que la mortal reyerta entre Harris y él, tuvo su origen cuando sospechó turbios contactos de Harris con los archiconocidos traficantes Minelli y Marlow.

Dos individuos con suerte. No les podían demostrar nada, ya que Harris enmudeció para siempre, y él no confesó haber visto cómo Harris escondía ingeniosamente lo que había aceptado «distribuir» a terceras partes en el beneficio.

Cuando se abrió la puerta y encendida la luz, entró Minelli, Brumel sudaba a efectos de un extraño sufrimiento. Le parecía como si estuviera amputado de manos y pies, y que, a la vez, ambas extremidades estuvieran monstruosamente hinchadas.

Tenía todo el rostro contraído, y con tal de no sentir nada, deseaba terminar de una vez.

Fué con ronco estertor como a sacudidas, desafió:

—¡Terminad ya, bestias! ¡Acabad conmigo!

Se interrumpió, asombradísimo. Orson Minelli estaba hurgando bajo el «sommier», yendo de esquina en esquina.

Siguió Brumel con el rostro contraído, incapaz de abrir los ojos. Se tiró hacia un costado, revolcándose. Sentía con vida su torso, su cabeza y el arranque de muslos y hombros.

Quiso mover los brazos, pero no lo conseguía. Cuando la sangre afluyó a los dormidos miembros, el dolor se convirtió en insoportable, y perdió el sentido.

Al recuperarlo, movió con salvaje ansia, las manos. Las crispó y abrió repetidamente, hasta que sentándose de lado en la cama,

comprobó también que sus pies podían apoyarse en el suelo, y ya no le pesaban como losas los zapatos.

Orson Minelli se abanicaba con el sombrero. Estaba lívido, por una causa que Brumel no se detuvo a analizar.

—Has sido muy amable, Orson. Te agradezco la gentileza, Orson.

Había algo significativo en la mirada de Minelli, al decir:

—He pensado que era mal negocio pretender vencer tu terquedad, manteniéndote aquí. He pensado que por más trucos que intentase contigo, no sacaría nada.

—¿Dónde está tu asistente?

—Nos espera abajo. ¿Te decides a decirnos dónde escondiste la mercancía que Harris pretendía falsamente que le entregamos nosotros?

Seguía en la mirada del italiano, una muda alarma.

Archer Brumel, en pie, asido a una silla, tuvo un presentimiento. No podía ser que Minelli le soltase, sin antes intentar otras posibilidades.

Además, acababa de decir:

«…la mercancía que Harris pretendía falsamente que le entregamos nosotros…».

Esta frase no estaba dedicada a él.

Archer Brumel se dirigió hacia la percha, en que colgaba su americana y su canadiense, bajo el abollado sombrero.

Hubo un guiño lastimoso, rápido, en la cara del italiano.

Archer Brumel empezó a revestirse la americana, trabajosamente. Dijo:

—Esta jugada me la pagarás a su tiempo, Orson. Tengo derecho a que me deje en paz la policía y los cerdos como tú y Butch. No sé en qué tono he de cantar siempre la misma verdad. ¡No sé nada en firme, porque lo único que sé es que Harris quiso matarme, cuando se creyó que yo tenía todos los cabos atados! Y ahora, cede el paso, Minelli. No estoy en condiciones de pegarte. Ya tendré mejor ocasión y no me pillaréis descuidados. Te lo juro, cerdo. Y si Butch vuelve a tocarme, no me importará ir donde sea, con tal de verle desangrarse. Dejadme en paz todos, de una vez para siempre.

Hubo algo parecido a alivio, cuando Orson Minelli se apartó, como si rehuyera la proximidad del que, andando con cierta

dificultad, se dirigió a abrir la entornada puerta.

No se sorprendió Brumel al ver en la sala anexa, a Butch Marlow entre dos agentes, y al capitán Mac Donald que, muy cerca, se pasaba la mano por la barbilla necesitada de un afeitado.

—Hola, Brumel. El muchacho que puse a la vista de estos dos pajarracos, se extravió, pero reparó el error, hace apenas media hora. Me advirtió y aquí estamos. ¿Qué ha pasado, Brumel? No creo tener orzuelos, pero me ha parecido que estaba usted en mala postura.

—Ya no lo estoy, capitán. Se convencieron estos dos de que yo no sé nada.

—De momento, estos dos pasarán por lo menos una quincena a buen recaudo. Preséntame las manos, Orson. Ponedle las esposas a Butch y llevaos a estos dos pájaros y su coche. Ingresadlos como detenidos, bajo inculpación de malos tratos y secuestro. ¡Calla, Orson! Te irá mejor. En este tejemaneje de embustes, acabarás perdiendo. ¡Fuera con estos dos pájaros!

Los dos agentes no tuvieron que emplear mucha contundencia, porque hubo docilidad en Minelli y Marlow.

El capitán Mac Donald no manifestó deseos de abandonar el sillón donde había vuelto a sentarse.

—Usted tiene la palabra, Brumel.

—¿Qué es lo que tengo que decir?

—Minelli declaró que le extrañaba muchísimo encontrarse con usted en la cama de esta alcoba y atado tan desconsideradamente. Y le conozco a usted lo suficiente, para saber que usted también va a decirme que le asombra, pero que la verdad es que no sabe ni quién le golpeó ni cómo despertó así. No importa que yo haya oído lo hablado y cómo usted le rogaba a Minelli que le rematase. Usted no firmará una declaración acusatoria contra Butch y Orson, pese a la reciente brecha en su frente y la sangre que empapa su pechera, porque está contra todo lo que sea ayudar a la policía. Y tal vez no le convenga que en la celda, Minelli o Marlow aludan a la conversación que sostuvieron, en el tiempo en que el imbécil que debía seguirles, les perdió de vista. Puede que sea verdad que usted ignore dónde fué a parar el paquete que poseía Harris. La amiga de Harris, Molly Travers, era muy sincera cuando perjuró ignorarlo todo. Pero lo sepa usted o no lo sepa, le será difícil librarse de

Minelli y Marlow, a los que sin embargo, puedo yo meter por un par de años, si usted les denuncia como secuestradores. Les seguimos hasta esta casa y dijeron que venían de tomarse unas copas. Uno de mis agentes le enfocó a usted con la linterna, pero usted no estaba en condiciones de darse cuenta. Minelli y Marlow juraron que era una sorpresa verdaderamente abrumadora, verle a usted en tan mala postura —insistió.

—Es esencial para mantener a los dos en la cárcel, mi personal denuncia, capitán. La ley lo exige así, ya que si me niego a acusarles, falta lo esencial. Y me niego a inculparles, porque la verdad es ésta. Al salir de visitar a la viuda de Wilcox, había niebla y llamé a un taxi, pero mientras lo esperaba, recibí un golpe en la frente. Desperté cuando Minelli, inclinado encima de mí, me quitaba las ligaduras. Pensé que habían sido ellos, pero pueden ser otros.

Mac Donald, en pie, se dirigió hacia la puerta, y empezó a bajar las escaleras. Habló, sin volverse:

—De nuevo le serviré de taxi, Brumel. Pero es la última vez. Le convendría ausentarle. Está usted en delicada situación. Si dice la verdad, no le creen los tipos como Butch y Minelli. Si miente, algún día yo podré demostrárselo.

En el vestíbulo de la planta baja, había un hombre que miró con temeroso respeto al capitán Mac Donald.

—No se inquiete, amigo. Usted sólo viene una vez por semana a limpiar la casa, y no sabía que el dueño había dejado unas llaves a otros. Cuando estamos fuera, apague las luces y cierre. Buenas noches.

Al exterior, en el coche oficial, el conductor manifestó, al subir el capitán Mac Donald:

—Sin novedad, señor. Nos llevarán cinco minutos de ventaja.

—Unos minutos de ventaja son los que siempre nos hacen trabajar más de la cuenta. Sin prisas, James. ¿No sube, Brumel?

Archer Brumel se había ya orientado. Aquellos montecillos con trechos de puntos luminosos, eran los Hunter, a la ribera izquierda del Hudson, dominando la plana extensión de West Point.

La carretera era transitada cada media hora por el servicio regular de autocares de Albany a Nueva York.

—Salvo orden en contrario, capitán, prefiero coger el autocar.

—A su gusto, Brumel. Buenas noches.

El coche oficial abandonó el jardín, y poco después se enteraba Brumel en el autocar, por boca de un soñoliento cobrador, que eran las once y cuarto de la noche.

Había estado, pues, desde las cinco hasta las once, en la forzosa y accidentada compañía de Minelli y Marlow.

A las once y cuarenta entraba en el vestíbulo del «Waldorf Astoria». Sabía que su aspecto llamaba la atención, pese al reciente toque de un farmacéutico sobre su frente y pecho.

Podían confundirle con un afortunado que había salido bastante bien de un accidente de coche.

Preguntó en uno de los mostradores:

—¿Pueden darme comunicación con la señorita Silvia Marcy? Me espera.

El elegantísimo empleado trataba de disimular que era detonante la presencia de un individuo con el rostro parcheado, y moraduras en los ojos, en aquel templo, de la distinción.

—Las consultas sobre nuestros huéspedes son solventadas en aquel sitio, señor.

Y señaló, displicente, el estrado, junto a una de las puertas.

El portero consultado miró en los casilleros a su espalda. Dijo:

—La señorita Marcy salió a las ocho y no ha regresado. Dejó una nota.

—Me llamo Brumel, Archer Brumel.

El portero entregó el sobre con membrete del hotel. Lo rasgó Brumel, y leyó:

> «Acaban de telefonearme. Me ha parecido que era Joris Marcy. Me ha citado diciendo que usted me esperaba para comunicarme algo urgente, y que no podía venir. Serán aprensiones mías, pero he preferido dejar esta nota por si me sucede algo. Tengo plena confianza en usted, Brumel. Téngala en mí, se lo suplico. Hay presentimientos infalibles. No debería ir, pero la comunicación telefónica decía que era esencial mi presencia en su pensión».

Más tarde, Brumel añadió a la cuenta pendiente con Minelli y Marlow, las extrañas consecuencias que podía tener el que en su pensión nada pudieran decirle acerca de Silvia Marcy, que no había venido ni estaba esperándole, ni había regresado al hotel, a donde él telefoneó inmediatamente.

Por haberle retenido unas horas, Minelli y Marlow le habían impedido evitar que Silvia Marcy acudiera a una cita dada por el enigmático Joris Marcy.

Esperó en vano junto al teléfono de su departamento a ser llamado desde el «Astoria». Se durmió en el sillón, cuando ya alboreaba el nuevo día.

El teléfono le despertó. Eran las diez de la mañana. La voz que primero le decepcionó, al ser masculina, le hizo luego vibrar con triste emoción.

»—Tengo su dirección anotada, Brumel. ¿Me atiende? ¿Hablo con Archer Brumel?

—Yo soy. ¿Quién me llama?

»—El doctor Elliot. Acaba de visitarme el capitán Mac Donald, que está en camino hacia su casa, Brumel. He considerado mi obligación mantener el secreto por lo que se refería a la última decisión de la señorita Marcy. Encontraron en su bolso, mi dirección. Por conducto de mi secretaria le haré llegar lo que la señorita Marcy dejó para usted. Prefiero que no me visite, Brumel, hasta no haber dilucidado si la señorita Marcy estaba en lo cierto, o eran obsesiones sin fundamento sus temores. Ha muerto por ruptura de aneurisma, de muerte legalmente natural.

Archer Brumel ahorquilló el aparato, con gesto brusco. Fué a lavarse la cara, renovando el apósito en su frente y pecho. Pidió por el teléfono interior un café fuerte.

Lo estaba acabando, cuando llamaron a la puerta exterior, y fué a abrir.

El capitán Mac Donald dijo, a modo de saludo:

—Parece que nuestro Destino es no perdernos de vista, Brumel.

Capítulo VII

—¿Quiere café, capitán?

—Desayuné pronto. Seré breve, Brumel. Ayer noche en el hotel «Astoria» recibió usted de manos del portero encargado de atender las peticiones de visitantes, una carta de Silvia Marcy. Es usted muy dueño de decirme que la ha roto.

—La conservo, y no tengo por qué ser siempre considerado un entusiasta embustero. Tome y lea.

Mac Donald leyó en voz alta, y al terminar, devolvió la carta.

—Usted no pudo telefonear a las ocho, ya que no estaba aquí, esperando a Silvia Marcy. Yo le agradecería que me indicase por qué Silvia Marcy ponía tanto interés en confiar en usted.

—Me dijo que estaba muy gravemente lesionada y que podía morir de un instante a otro. Consulté al doctor Elliot, que se limitó a asegurarme que ella no había mentido. Ella quería que yo la ayudase a descubrir si realmente sus parientes la deseaban ver muerta. Me pareció ser una muchacha con mucha imaginación morbosa.

—¿Por qué habla de ella, en pasado?

—Está muerta.

—¿Cómo lo sabe?

—Me hubiera telefoneado, o estaría ya aquí, si estuviera en condiciones de hacerlo. Este asunto ya no es una coletilla del caso Harris. Estoy hablando con la verdad. Ella quería que yo la acompañase en sus investigaciones, y le dije que no me quería comprometer, hasta no haber hecho averiguaciones. Dijo que no podía acudir a la policía, porque la consideraban una demente. No pude darle respuesta afirmativa ni negativa, porque ya no la volví a ver más. Fué usted primero el que me impidió verla y saliendo de

ver a Ana, recibí en la niebla el golpe. ¿Puedo, ahora, saber cómo ha muerto?

—Esta carta parece acusar a Joris Marcy. Era la triste manía de Silvia Marcy. Está ya comprobado que Herbert Marcy, su esposa Bárbara, su hija Aubrey y el hermano de Herbert, Joris, no se movieron de su residencia de Montawak desde ayer tarde. En esta carta de Silvia Marcy, o hay una invención más al pretender haber identificado la voz de Joris Marcy, por conferencia desde Montawak, o hizo alguien realmente la llamada.

—Yo, no.

—Ni le estoy interrogando como sospechoso. Primero, porque Silvia Marcy murió de resultas de su lesión. Si tenía una expresión de horror en el rostro, fué consecuencia de la misma enfermedad. La encontraron con la diestra engarfiada en su costado, sin señal alguna de violencia, con sus joyas y dinero. Estaba tendida en un sendero del Fulton Park, no muy lejos de aquí. ¿Murió al venir? Así parece, puesto que aquí no la vieron, aunque pudo llamar a esta puerta y ser al regreso y atravesando el Fulton Park, cuando sufrió el ataque mortal. Fué encontrada esta madrugada por dos policías. El forense ha podido establecer como aproximada entre ocho y nueve de ayer noche, la hora de su muerte. La helada nocturna, que hizo poco transitado el parque…

—Los detalles forenses siempre son desagradables, capitán.

—Acudí a visitar al doctor Elliot, porque en el bolso se le citaba como médico de consulta. Y aun sabedor de la excentricidad que en vida caracterizaba a Silvia Marcy, no pude menos que sorprenderme al leer que ella indicó al doctor Elliot que era usted la persona a la que debía avisarse en caso de accidente.

—También a mí me sorprendió.

—En el registro notarial donde alfabéticamente el Colegio estatal anota las disposiciones testamentarias, no figura Silvia Marcy. Al no haber testado, son sus parientes los que heredan. ¿Lo sabía?

—Ni lo sabía ni me interesa saberlo, capitán. Ha muerto y para ella todo terminó. Para mí también. Si estuve un momento tentado de aceptar su oferta, porque no tengo dinero y ella me dijo que le fijara la cantidad que quisiera para demostrar que sus parientes la querían matar, ya ha cesado toda tentación. Me da pena pensar en

ella y eso es todo. Por cuanto se puede deducir, ella, enamorada de su tío Joris y no siendo correspondida, reaccionó en una forma posiblemente anormal en otras personas, pero natural en quien como ella se sabía atacada de un mal que a mayor o menor plazo la sentenciaba a muerte. Quería comprometer a sus parientes, con los que riñó el 14 de agosto del año pasado, fecha en que abandonó Montawak. Es mi obligación visitar a los Marcy y decirles todo esto. Después, me iré de Nueva York. Es posible que en California o en cualquier Estado lejos de aquí, pueda rehacer mi vida.

—Y si puedo serle útil en algo, no dude en acudir a mi referencia, Brumel. Si realmente usted no estaba, esperando la ocasión de entrar en ilegítima propiedad de una mercancía delictiva, le pido perdón por mi pegajosa insistencia. Si quiere ver a los Marcy, estarán en el depósito central dentro de unos momentos. Se harán cargo del cuerpo de su familiar.

—Preferiré verlos cuando esté más presentable. Antes de irme a otro Estado, donde no me consideren sospechoso.

El capitán Mac Donald, abriendo la puerta, se despidió:

—Tenga usted la suerte que se merezca, Brumel. Si quiere saludarme antes de irse, ya sabe dónde encontrarme.

Media hora después, desde un teléfono público, marcaba Brumel el número de Elliot.

Habló con su secretaria:

—Lo que tiene que entregarme, no lo lleve a mi dirección. Envuélvalo en papel recio, engomando las junturas y déjelo a mi nombre, en la consigna del East, donde lo recogeré cuando lo juzgue oportuno. Remita a Lista de Correos a mi nombre, la contraseña que en la Consigna le den. Gracias.

—Un momento, por favor. Le pongo en comunicación con el doctor.

Hubo una pausa y la voz parsimoniosa de Elliot, comunicó:

—Por respeto a la última voluntad de la señorita Marcy y por considerarme ligado al secreto profesional, no he revelado lo referente al legado que pasa a su poder, Brumel. Para mí, nunca constará que pasó por mis manos, sino que me limité a considerarle como la persona a quien había que informar de la muerte de ella.

—Una sola pregunta, doctor. ¿Era realmente ella una obsesionada, o podía necesitar la ayuda de un investigador?

—Una pregunta a la que sólo puede contestar usted mismo, cuando realice sus investigaciones. Para mí, queda cerrada la hoja clínica de mi cliente, la señorita Marcy. Buenos días, señor Brumel.

Archer Brumel encontró un sitio propicio y tranquilo, en la silenciosa biblioteca donde fué resumiendo por escrito lo que intituló:

«*La pesadilla de la lápida color rosa*».

»En Nochevieja y en actitud de duda y amistoso abandono, veo a Silvia Marcy en el "Trocadero", donde anteriormente, sin fijarme detenidamente en ella, ya la había visto, seguramente esperando a Wilcox.

»Se apoyaba en el hombro de Wilcox, y cuando la confundí con una habitual del local y reproché a Wilcox no estar en su casa, ella me arañó y golpeó. ¿Defendía al abogado asesor o al enamorado?

»Según ella, tan pronto los Marcy se enteraron de que Wilcox era sabedor del frustrado atentado de Joris Marcy, ingeniaron un asesinato que para una inteligencia demostrada como la de Mac Donald, es un puro suicidio.

»Pero Ana niega el suicidio, porque Wilcox tenía la promesa de un préstamo que iba a hacerle Silvia.

»El 14 de agosto riñe ella con sus familiares y abandona Montawak. Dice que aquel día había deducido por ciertas preguntas, que uno de "ellos" o una de "ellas", refiriéndose a sus tíos Herbert y Joris, respectivamente, y a su tía Bárbara, o a su prima Aubrey, quería matarla.

»El 12 de diciembre último, un maquinista frena a cinco metros del cuerpo tendido y narcotizado de Silvia, que alude a un agresor, pero la policía comprueba que ella misma compró el narcótico y las huellas del coche eran las del suyo.

»¿Sabía ella que el maquinista la vería? ¿O realmente quería suicidarse? Si así fué, ¿por qué inventar a un agresor? Posiblemente, porque no quiso reconocer que se iba a suicidar.

»También Wilcox adquirió personalmente el arsénico con el que iba a morir. Sin embargo, tenía la promesa de un préstamo que le solventaba las dificultades económicas.

»Silvia Marcy ha muerto sin señales de violencia, pero después de recibir una llamada telefónica, no registrada, porque no era una conferencia. ¿Inventó esta comunicación? ¿Con qué fin? Y si no la inventó, ¿quién la hizo acudir a mi dirección? Resulta extraño que eligiera el Fulton Park para venir, lo cual demostraría que hizo el camino a pie, al menos en su parte final, desde el término de la Quinta Avenida hasta mi dirección.

»Parece ser lógico que al sentirse mal, su rostro adquiriera una expresión horrorizada. Pero no tenía expresión de horror, cuando delante de mí sufrió uno de esos ataques.

»Como evidencias, hay: un intento de suicidio por parte de Silvia, encontrada narcotizada sobre la vía de Newburg, con un narcótico que ella misma compró. El suicidio de Wilcox con arsénico que el mismo compró, alegando ser para los roedores de su casa de campo. La muerte natural, desde el punto de vista forense, de Silvia Marcy, entre ocho y nueve de la noche, en el parque cercano a mi barrio.

»Como posibilidades, hay las siguientes; decidió suicidarse el 12 de diciembre. Después imaginó un agresor, y, por último, decidió involucrar a Joris Marcy, buscándome a mí para complicarles la existencia a los Marcy.

»Realmente, no era una simuladora, y Joris Marcy

la colocó atravesada en la vía. Lo confió a Wilcox, el cual telefoneó o visitó a Joris Marcy, para suicidarse a la mañana siguiente, sólo en su despacho, y con arsénico por él adquirido, al igual como adquirió ella el narcótico.

»Si esta posibilidad es demostrable, tiene que ser entonces verdad que Silvia poseía algo comprometedor, o eso suponía Joris Marcy, o algún otro Marcy.

»¿Por qué entrega ella un voluminoso sobre lacrado, conteniendo, según declaró a Elliot, una lápida de mármol rosa? Es posible que dicha lápida, considerada por el doctor la última y heroica excentricidad de Silvia Marcy, tenga relación con los restantes Marcy, pero si ella hubiera sabido algo en concreto para acusar a los Marcy, lo hubiera revelado a la policía.

»La lápida no puedo recogerla, hasta no cerciorarme de que no soy seguido. Debo serlo, seguramente, por lo menos en relación con Minelli y Butch. Éstos por ellos mismos callarán lo que les dije acerca de la casa, de Molly Travers. Pero Mac Donald es perro viejo. Es preferible alejarme algún tiempo. Molly Travers, aunque sacara piedra por piedra, no encontraría nada, ni tampoco los dos cretinos.

»Si es cierto que Wilcox se puso en contacto con los Marcy antes de morir, y si los Marcy temen algo, al enterarse de que yo fui legalmente designado por Silvia, como persona a quien informar de su muerte, los Marcy harán lo posible por saber lo que yo he podido averiguar.

»Aunque también sería normal que deseasen saber qué clase de mentiras inventó Silvia, la excéntrica mentirosa de Montawak.

»Mi conveniencia es abandonar Nueva York, pero

había súplica en la última mirada de Silvia Marcy, y había en ella el presentimiento de su próxima muerte.

»He prometido a Ana dejar bien especificado que Wilcox se suicidó. Así parece ser. Pero ya es para mí una obsesión, conocer de cerca a Joris Marcy y familia».

Recogió Brumel las tres hojas escritas, formando con ellas un cucurucho, del que se sirvió para encender un cigarrillo.

Sabía ya ahora que más importante que su «compensación», le era cerciorarse de si mintió Silvia Marcy o había en Montawak alguien que merecía mil muertes por haber dado mental tortura a una muchacha que desde temprana edad «se había acostumbrado a la idea de morir joven».

La vida de muchas personas era un mal folletín, pensó mientras pasaba a la sala hemeroteca, donde consultó los periódicos del 12 de diciembre, buscando las noticias alusivas al frustrado suicidio de Silvia Marcy.

Nada encontró que le sacara de dudas.

El día se le antojó contener toda la frialdad inhumana que había rodeado a Silvia Marcy hasta el último momento, en que la helada formó el ambiente de su final.

Era un mediodía de enero, gris y cortante. Resaltaba también gris y cortante, el lujosísimo «Rolls-Royce», detenido ante el número 66 de Mout Bloc.

Un coche realmente señorial, como lo era también la mujer que en su interior parecía esperar a alguien.

Debía estar provisto de calefacción como era lógico, aquel interior de coche para millonarios, donde el chofer con librea azul, abandonó su asiento delantero, cuando Brumel se dirigía hacia su departamento.

El chofer se tocó la visera, al indagar:

—¿Puedo rogar al señor me excuse si me atrevo a preguntarle si es el señor Archer Brumel?

—El señor Archer Brumel, identificable por su rostro, le ruega no se excuse por su osadía. ¿Hace mucho que me espera el señor chofer?

Era también lógico, que el chofer de aquella carroza moderna tuviera el rostro pétreo e impasible. Replicó:

—La señora Marcy ruega al señor Brumel tenga la bondad de indicarle si puede aceptar la invitación a los solemnes funerales que esta tarde tendrán lugar en la capilla particular de la residencia Marcy.

Archer Brumel se dirigió hacia la puerta de su departamento que abrió, para cerrarla desde dentro.

No esperó mucho para volverla a abrir.

La propietaria del «Rolls», había echado sobre su vestido una capa de pieles blancas, que también debían valer un fortunón.

No estaba en su primera juventud, pero el sazonamiento y los esmerados cuidados que podía tributar a su persona, la hacían fríamente bonita.

Archer Brumel tenía una manera peculiar de mirar con insolencia sin ser descortés. Invitó:

—Considérese invitada solemnemente a penetrar en mi humilde pocilga, señora Marcy.

Bárbara Marcy avanzó dos pasos, y con la misma seguridad que el día anterior lo hizo Silvia Marcy, fué a tomar posesión del único sillón.

Echó hacia atrás la capa, y cruzó las piernas con distinción. Era toda una dama y sus azules ojos poseían la misma gelidez que el tiempo reinante al exterior.

—Posee usted una voz muy audible, señor Brumel, y oí su sarcástica respuesta al chofer, así como su silencio en respuesta a mi invitación. Fue un silencio elocuente, señor Brumel. ¿Qué he de pensar?

—Es encantadora su ironía, señora Marcy, pero tan desplazada como enviarme al chofer y tan desplazada como invitarme a solemnes funerales.

—Estuve esperándole más de media hora, señor Brumel. No es desplazado invitarle, puesto que Silvia le nombró a usted como persona de su plena confianza.

—El coche, ¿es suyo, señora Marcy?

—Y de mi marido.

—¿Y dónde está el afortunado poseedor de ambas maravillas?

—En compañía de mi hija, gestionando el traslado de Silvia, y lo

referente a su entierro.

—¿Y el tío Joris?

—Nos espera en Montawak. Sé lo que le sucede, señor Brumel. Nos juzga a través de cuanto pudo decirle Silvia. La pobrecilla no estaba en posesión de su cabal juicio.

—Razón de más para que ustedes hubieran evitado que fuera a morir a solas, en un rincón solitario, bajo una capa tan blanca como esa que le da calor, señora Marcy. No fué desprecio hacia su chofer, lo que me hizo no contestar. Ya sé que es de mal gusto expresar a una dama lo que uno piensa. Pero no lo puedo evitar, señora Marcy. La vi tan majestuosa en su «Rolls». Que pensé en la aterrorizada huérfana. No soy sensiblero. Pero el solemne funeral resulta casi un escarnio para la que en vida no encontró el menor afecto entre los Marcy. Conocí a Silvia en Nochevieja, y nos presentó el abogado Wilcox. Ella buscaba ansiosamente alguien en quien depositar toda su confianza. Me eligió.

Bárbara Marcy se hizo un poco más humana, al entreabrir los labios en suave sonrisa indefinible.

—Me juzgará infinitamente cruel, señor Brumel, pero si nos hace el honor de venir a Montawak, comprenderá por qué no lloro la muerte de Silvia. Hemos perdonado cuanto nos hizo, porque su dolencia la convirtió en rencorosa. No aceptó convivir dignamente con nosotros, y abandonó nuestra casa, pese a nuestras súplicas. Sí murió sola, no es culpa nuestra. Es difícil comprender la vida íntima de una familia, señor Brumel. Silvia, con sus actos, nos demostró que le parecía injusto que nosotros estuviéramos en posesión de un corazón sin la tara que ella heredó. La hemos perdonado, pero…

—No pueden llorar los Marcy supervivientes. Y yo tengo el atrevimiento de juzgarles a ustedes a través de lo que pudo contarme Silvia, que según usted era una rencorosa que les amargó la existencia. He oído una campana tocar con un tañido angustioso. Oigo ahora una campana repicar con cristalina dureza. Esta tarde repicarán otras campanas, las de la capilla particular de la residencia Marcy. Y yo no soy quién para juzgar la vida íntima de los Marcy. ¿Para qué me esperaba usted, señora Marcy?

—Supuse que usted aceptaría mi invitación, y nos hubiéramos reunido con mi esposo Herbert y mi hija Aubrey.

—Un intruso como yo, estaría fuera de lugar… porque tal vez yo

soy el único que siente pena por Silvia Marcy. Lamento enormemente mi grosería, señora Marcy. Le pediré excusas cuando haya pasado unos días en Montawak.

—Puede considerarse nuestro invitado cuando quiera. Si le resultamos odiosos, encontrará en Montawak un hotel muy confortable. Estoy segura que su misma virilidad, señor Brumel, le obligará, en su día, a pedirme excusas por su actual actitud.

—Beso su mano, señora Marcy. Y transmita a su señor marido el testimonio de mi máxima atención futura. Amplío, dicha atención a su señor cuñado Joris. Me reservo la opinión acerca de Aubrey.

—Fué usted detective, ¿no, señor Brumel? —inquirió ella, sin abandonar el sillón.

—Con licencia de primera clase. La obtenemos cuando acertamos a resolver algún caso en el que la misma policía fracasó. No tiene en realidad mucho mérito, ya que por nuestra condición de privados, entramos en posesión de detalles que la policía oficial desconoce. Si sabe que fui detective, sabrá el resto también.

—Esta mañana, antes de sernos comunicada la noticia, recibimos una carta de Silvia. La escribió ayer tarde. La ha fechado, añadiendo la hora. Nos comunica que ha decidido visitarnos en compañía de un amigo suyo de su entera confianza. Usted. Mi cuñado Joris tiene buena memoria, y recordó su apellido, señor Brumel. Tiene relaciones con el jefe de redacción del único periódico de Montawak… Y recibimos casi simultáneamente todos los periódicos alusivos a su caso, señor Brumel, y la noticia de la muerte de Silvia.

—Debieron considerar una prueba definitiva de la carencia de juicio en Silvia, elegirme precisamente a mí, como amigo de su entera confianza.

—Nosotros juzgamos con mayor lentitud que los demás, señor Brumel. No poseemos un cerebro avispado. Estaremos en el «Astoria» hasta las tres, señor Brumel. Y a partir de la hora que quiera, mi marido y mi cuñado se considerarán muy reconocidos si usted les quiere honrar con su presencia y cuantas preguntas quiera hacer.

—Su gentileza es tan abrumadora, señora Marcy, que sería en mí una necedad pagar el tren y el hotel, sobre todo teniendo en cuenta que mis medios están al borde del agotamiento. ¿Puedo atreverme a

aspirar el honorable perfume de la familia Marcy, presentándome mañana por la mañana en la residencia Marcy?

Bárbara Marcy se levantó, ajustando la esclavina y los pliegues de la amplia capa de armiño.

—Se lo agradeceremos infinitamente, señor Brumel. Si no lo considera ofensivo, Albert pasará a recogerle donde usted me indique, a la hora que usted elija.

—Me abruma su generoso perdón, señora Marcy. A solas con Albert en el «Rolls», me encontraría cohibido.

—Mi hija Aubrey es la única de nosotros que ha llorado. Quería mucho a Silvia. Mi hija no es una orgullosa antipática como le puedo parecer yo, señor Brumel. Es sencilla, a veces demasiado, y lo es también el «Pontiac» de su propiedad. Está deseosa de conocerle, ya que fué usted la última persona a quien Silvia distinguió con su amistad. Yo odié a Silvia. Mi hija adoraba a Silvia.

—Entonces, acepto gustoso el interrogar indiscretamente a Aubrey. En cierto modo, señora Marcy, hay en usted una franqueza extraña. La había también en Silvia.

—Una cualidad que encontrará en la familia. Y que poseía Silvia, antes de reñir con nosotros.

—¿Exactamente el día catorce de agosto, señora Marcy?

—Exactamente esta fecha que cita, señor Brumel. Le ruego que telefonee al «Astoria» y se ponga de acuerdo con nosotros en la elección del mejor medio para disipar pronto el maleficio que el catorce de agosto del año pasado nos reveló que Silvia albergaba ideas plenamente absurdas. Buenas tardes, señor Brumel.

—Beso su mano, señora Marcy.

Cuando el «Rolls» se hubo perdido de vista, permaneció Brumel unos instantes acodado a la ventana, tras los cristales empañados con su aliento.

¿Dónde estaba la mentira? ¿En la patética súplica de los ojos claros de Silvia Marcy? ¿En la digna y fría actitud de Bárbara Marcy?

CAPÍTULO VII

La oferta de Bárbara Marcy tenía un aspecto normal por lo que se refería a que Aubrey, su hija, una desconocida prácticamente, le llevara a Montawak en su coche «sencillo».

Lo que podía inducir a reflexión, era que bajo su tono ceremonioso y su serena frialdad, parecía alentar en Bárbara Marcy cierta ansia para que él aceptase la invitación.

¿Por qué querían los Marcy que él, un licenciado de presidio no los juzgara mal? ¿O lo que ansiaban era averiguar qué podía haber contado Silvia Marcy antes de morir?

Archer Brumel decidió que sería un buen contraste estudiar a la «demasiado sencilla Aubrey que adoraba a Silvia».

Esperó media hora para telefonear al «Astoria». Era tiempo más que suficiente para que el «Rolls» hubiera llegado y Bárbara Marcy hubiera podido dar instrucciones a su hija.

Esperó unos instantes a que la centralilla le diera comunicación. Una voz juvenil saludó:

»—Aubrey Marcy; señor Brumel. ¿Cómo está usted?

—Plenamente desconcertado. Supongo que su señora madre le habrá ya indicado mi aceptación, y me agradaría saber si no le ha de resultar molesto cederme un asiento en su «Pontiac», sencillo y sin cumplidos.

»—Para mis padres no habrá reposo moral hasta que consigan disipar malentendidos y equívocos. Puedo ir a recogerle cuando esté ya… en nuestro panteón, mi prima Silvia. ¿Le parece bien esta misma tarde, al anochecer, hacia las siete? Cenaría usted con nosotros. Se lo agradeceremos infinito, señor Brumel.

—Y yo a usted. Hacia las siete, señorita Marcy.

Se echó en la cama, quitándose sólo la americana y el jersey. Le

convendría dormir, para estar bien despierto por la noche.

No sentía curiosidad excesiva por conocer a Aubrey, y en cambio, sí una infinita curiosidad y antipatía hacia Joris Marcy.

Bárbara Marcy daba la impresión de ser una mujer por completo ajena a toda pasión, dominadora, fríamente decidida.

Su pensamiento revivió a Silvia Marcy, de la que sólo quedaba una lápida rosa en una consigna de estación terminal. Una lápida que no podría recoger ahora, y que sin embargo podía ser la clave de todo.

Debía correr el albur, y tan pronto pudiera iría a Lista de Correos a retirar el boleto contraseña.

Se durmió, para despertarse cuando una extraña sensación indefinible le advirtió que alguien rondaba al exterior, por el jardincillo.

Eran pasos quedos. El temprano anochecer había ya invadido la calle. El marco de la ventana, desde la obscura salita, quedaba un poco en relieve, debido al reflejo del alumbrado callejero.

Archer Brumel permaneció unos instantes inmóvil. El rostro femenino casi pegado a los cristales, desde el exterior, tenía algo de felina acechanza.

Una mano repicó suavemente contra los cristales. Avanzó Brumel hacia la puerta, abriéndola. No encendió la luz hasta no haber cerrado, y fué después a correr la cortinilla.

La mujer, calzada con botas de lluvia, falda de lana azul y largo chaquetón de pieles, desanudó el pañuelo de su cuello. La blusa de negra gasa avaloraba su piel lechosa.

Molly Travers, ex corista, dijo nerviosamente:

—Te debe asombrar verme aquí, Arch.

—Sólo a medias, Molly. Puedes sentarte, si te apetece.

Ella atendió la invitación, y rió con trémolos:

—Tú siempre decías que el tiempo todo lo borra. Borrado, Arch. Si entonces fui dura contigo, no me guardas rencor, ¿verdad?

—Dijiste lo que debías, Molly. Que yo tenía mal genio, que yo había ya tenido discusiones con Harris, y añadiste la gran verdad. Que ignorabas completamente los negocios que entre manos llevaba Harris. Tu declaración no me perjudicó, aunque a cierta pregunta del fiscal, contestaste tontamente, Molly. Borrado. Eres una pava tonta, y nada más. No inventaste el asador de manteca, pero

tampoco eres mala chica. Y por cierto, ¿qué es de tu vida? ¿Vives siempre en East River?

—Bien sabes que sí. ¿Qué le dije yo de malo al fiscal? Aquel hombre me ponía nerviosa.

—Te preguntó si yo te hice la rosca, y te sentiste muy virtuosa declarando que, pese a mis ataques, te defendiste como una virgen romana. Diste la impresión de que yo te perseguía literalmente. ¿De cuándo, querida?

Rió ella, contoneándose en el sillón:

—Siempre me gustaste, Arch, pero en vida de Grant yo no iba a faltarle.

—Habérselo dicho así al fiscal, y hubieran quedado mejor. ¿Por qué dijiste que yo sabía dónde vives?

—Porque no me he mudado. Las viviendas son difíciles de encontrar, y mi casa es deliciosa.

—¿Te has casado?

—No es por falta de solicitantes, Arch, pero no acaban de convencerme. Estoy muy bien libre, como tú.

—Estamos en la gloria entonces. Me agrada que no me tengas rencor, Molly. La cosa pasó como pasó. Grant Harris quiso dispararme, y la pólvora se quemó. Y todo borrado. Celebro tu visita. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Me tomé un par de tragos antes de venir. Me daba miedo.

—¿Por qué? ¿Miedo de qué o de quién, pava?

—Te burlas de mí…, siempre te burlaste de mí, Arch —reprochó ella, mimosamente.

—Hay mujeres que con los años adquieren experiencia, y mejoran en inteligencia. Has mejorado físicamente Molly. De lo demás, ¿cómo andas?

—Según… —murmuró ella, entornando los párpados y estirando el borde de su falda.

—Me refiero a inteligencia. Porque experiencia ya tenías de muy jovencita. ¿Has venido a decirme: «Hola, Arch, tan amiguitos»?

—He venido porque tengo miedo.

—Sacúdelo.

—Ayer…, eran las siete aproximadamente, llamaron a mi puerta. Desde que una vez abrí sin mirar y se me coló un sujeto que

por poco me limpia la caja, hice instalar una cadenilla de sujeción al cerrojo, ¿sabes?… eso que deja entreabrir pero contiene la puerta… Pues como te digo, serían las siete cuando voy a entreabrir y, ¿sabes a quién veo?

—Al cobrador del gas.

—Te burlas de mí, Arch; siempre te burlaste de mí.

—Hay costumbres que mueren con el individuo. Estabas con la puerta medio abierta. ¿Y a quién viste?

—Al muy bestia de Butch Marlow, que intentó meter la zarpa. Le pegué un bocado, y entonces, como no sacaba el brazo, juró gritar si no se iba. Se puso a hablarme el muy fino de Orson. Orson Minelli, el que se cree muy guapo y tunante.

—Exacto. Un par de cretinos. ¿Que querían?

—Dijo Orson que, como chillase, aparecería antes de fin de mes flotando en el Hudson. Yo dije que bueno, pero que no abría. ¿Y sabes qué me dijo Orson?

—Que abrieras.

—Que yo sabía dónde Grant escondió algo que valía ochenta de los grandes.

—¿El tesoro de Rasputín?

—Me dijo que tú y yo estábamos «combinados». Que íbamos a medias, pero que terminaríamos mal. Se puso frenético, porque quería entrar. Me dijo que yo era tu cómplice, que él estaba muy al cabo de la calle de que yo te gustaba…

—Y que yo te gusto. ¿Cómo terminó el zafarrancho?

—Me puse frenética, y grité que iba a telefonear a la policía. Se dieron con los tacones en los fondillos, escapando a todo correr. Y yo con un miedo de susto. Hasta que esta mañana, como tengo un conocido que es sargento de la Metropolitana, le telefoneé por si tenía noticias de Marlow y Minelli. Me dijo que estaban a la sombra por una quincena. Eso me puso tibia de gusto, y entonces averigüé tu dirección, y aquí estoy, Arch.

Los efectos de torso y piernas acompañaban las volubles frases de Molly Travers.

—Aquí estamos, pava. Son las seis, y a las seis y media tengo que tomar chocolate con el Presidente.

—Tú nunca le dijiste a la policía dónde escondió Harris el género por el que os pegasteis de tiros.

—No nos disparamos por él género, sino porque en vez de reconocer que me había querido engañar, Harris quiso quitarme de en medio. Estaba ciego de codicia, pensando en quedarse con lo que, según te han dicho, vale ochenta pápiros.

—Con ochenta mil ya no habría que pensar en el futuro, Arch.

—Eso dicen Orson y Butch.

—Pero es que yo no sé dónde está el género. Tú ya conocías a Grant. Me tenía por una tonta, y nunca me contaba sus cosas. Decía que yo era una charlatana. He estado pensando desde anoche, Arch.

—Ahora comprendo por qué estás tan ojerosa. No debes hacer esfuerzos superiores a tus posibilidades, Molly. Eso de pensar, arruga el cutis.

—Tú y yo, con ochenta mil, podríamos instalar el gran negocio.

—No cabe duda. ¿Tienes los ochenta mil?

—Ellos dijeron que yo los tenía.

—Orson y Butch pueden decir que eres rica, si lo eres.

—¿Vamos a hablar claro, Arch?

Molly Travers se puso en pie. Habíase quitado el chaquetón de pieles, y demostró lo que entendía por hablar claro.

Su aproximación fué completa. Susurró, casi con los labios junto a la sien de Brumel:

—Un hombre como tú y una mujer como yo, llegan lejos, Arch. Siempre me gustaste, Arch… Haría lo que quisieras.

—¿De veras?

—Sí… —musitó ella, alzando más el rostro, y presentando los labios.

—Entonces, apártate, porque estoy muy débil. No seas majadera, Molly. Si haces caso a dos cretinos, terminarás por creerte la heredera del capitán Kidd.

Ella no se apartó. Colocó sus brazos sobre los hombros de Brumel que la miraba divertido, sarcásticamente regocijado.

—Te quiero, Arch. Estoy loca por ti.

—Si buscases en el diccionario el significado de la palabra pudor, encontrarías esta definición: «Adjetivo que prohíbe a una pava arrullarse con quien debería odiar». Nunca estuviste loca por mí, Molly. Te molestaba que no me fijase en tus arrumacos. Has venido para saber si realmente tengo yo idea de dónde escondió Harris el género. Ni la menor idea, Molly.

Ella era difícil de mortificar. Se hizo más insistente:

—Voy a sorprenderte mucho, Arch. Soy tonta, pero no tanto como crees. Una vez, Grant me habló del «Narcotic Bureau» y de los «equipos» especializados en el tráfico. La mayor parte sicilianos, me dijo Grant. Me dijo algunos nombres de «equipos»: el de Orsini-Shilitani, el de Accardo y Fischetti… Les conozco y no he ido a verles. He venido a verte a ti.

—Ya.

Entrelazó Brumel sus brazos en rededor del talle femenino.

—¿A que te voy gustando, Arch?

—Horrores.

—Pude ir a Orsini o a Accardo, y decirles que al precio razonable les daría yo género. Pero sabía que ellos me pagarían uno por lo que vale cien.

—O te encontrarían como otros que no eran del «equipo», con el cabello mojado de sangre.

—Tú puedes colocar el género, Arch.

—Seguro. ¿Qué género?

—No te hagas el distraído. Arch.

—Yo coloco el género. ¿Y tú, mientras, qué haces?

El beso de ella fué prodigiosamente sugerente. Echó hacia atrás tan sólo busto y rostro.

Sus brazos permanecieron en collar.

—Callarme, Arch. Eso hago y haré.

—Entendido. Calla, pues. Y ahora vete, pava.

—¿Así como así?

Destellaron los femeninos ojos, con sorpresa.

—Así como así, Molly —y Brumel se desprendió de los brazos, sin brusquedad— no has progresado nada en inteligencia, Molly. Se te ha ocurrido de pronto que yo sé dónde está el género, por lo que te dijeron el par de micos. Y como tú no sabes dónde está, ni yo tampoco, nos tenemos que resignar a deshacer nuestra sociedad. De todos modos, te agradezco la oferta.

—¿Y si te demuestro que tengo yo… el género?

—Cambiaría la cosa.

—Era un paquete embalado con papel marrón y bramante rojo.

—Eso te lo ha dicho el par de micos.

—Lo escondió Grant en un cofre.

—No lo iba a llevar en la cartera.

—¡En mi casa!

—A lo mejor en tu colchón.

—¡En mi casa! —repitió ella, con chillido agudo.

—Ya me he enterado, Molly —asintió Brumel, junto a la puerta de salida, con la diestra en la manija.

—¡Y tú sabes dónde está!

—La casa no es mía, sino tuya, Molly.

—¡Y lo encontraré!

—¿No habíamos quedado que sabías dónde está? Es un juego del escondite completamente idiota, Molly. Cuando lo encuentres, avísame, y cuando yo sepa dónde está, te avisaré. Palabra.

—Puedes salir perdiendo mucho. Arch.

—¡Andando a tu casa, majadera! Perdí tres años de vida, y me sobra. No quiero echarte a empujoncitos, Molly. Soy galante, pese a todo.

—Puedo ir a Accardo, o a Orsini.

—Por mí vete a la misma Sicilia, y véndele tu casa a Luziano.

Tocaron en la puerta, y ella dió un respingo. Comentó Brumel:

—He sido yo, pero podía haber sido la policía, Molly. Andando. Eres aún lo bastante joven para ir registrando tu casa, guijarro por arenilla, y canto por grano de cal, si supones que Grant Harris escondió en tu casa la droga que robó a los dos micos. No seas majadera, y por el camino piensa en esto, que es sencillísimo: ¿Si estuviera en tu casa el alijo, no lo habrías ya encontrado? Yo casi juraría que Harris lo enterró junto a un pino del Parque Yosemit. Pino por pino, busca, busca…

Juzgó ella propicio el tocar la cuerda lastimera.

—¿Por qué me tienes rencor, Arch? Soy una pobre chica.

—Eso me dijo Harris, instantes antes de sacar la pistola. Dijo que quería el negocio a solas, porque tú le ibas a dejar. Tú le pedías demasiado dinero, y él no lo tenía. No era maldad en ti, porque naciste buscona, pero comprenderás, Molly, que contigo no parto ni un piñón. Si no le hubieses pedido a Harris más de lo que podía darte, yo no hubiera residido tres años a expensas del Gobierno: ¡Fuera ahora, Molly! Fuera antes que te dé lo que no supo darte Harris. ¡Marcha!

La palabra fué menos eficaz que el gesto con que la acompañó

Brumel. Molly Travers tenía mucha experiencia…

Sabía cuándo batirse en retirada era ganar la primera batalla. Salió presurosa, con el chaquetón y pañuelo recogidos con idéntico apresuramiento.

No cerró Brumel, porque miró con poca amenidad a la jovencita que parecía muy interesada en examinar cómo la opulenta ex corista hacía una demostración del arte de correr sin perder la compostura.

Y la jovencita rubia, de pómulos sonrosados y ojos cándidos, preguntó:

—¿Qué es «marcha», señor Brumel? Oí las últimas palabras sin querer, porque usted había abierto ya puerta, y esa señora…

—Yo esperaba a las siete a una señorita llamada Aubrey.

—Yo soy. Vine antes. Por fin, la pobrecilla Silvia descansa en paz. Ha sido mejor para ella, la pobrecilla. Sufría mucho. Dígame, señor Brumel: ¿por qué esa señora corría así cuando usted dijo: «marcha»?

Archer Brumel recogió de la percha su americana y sombrero: Mientras acababa de vestirse y cogía su canadiense, iba forjándose una definición de Aubrey Marcy:

«Niña superficialmente sensiblera, curiosa, y que no será mujer hasta que no sufra de veras un poco. Me mira como a un bicho raro. No ha tratado nunca personalmente a un ex detective, un homicida, y se ha empapado todos los truculentos reportajes… ¡Maldita la gracia!…».

—Cuando quiera, Aubrey.

—¿Y su equipaje, señor Brumel?

—Lo llevo puesto. ¿Se cena en «*smoking*» o en traje de baño, en la residencia Marcy?

—Es usted tal como le presentan las fotos y los periódicos… ¿Se hizo daño en la cara, señor Brumel?

—No he cumplido aún los sesenta. Puede llamarme Archer.

En el exterior, dijo ella:

—Parece como si hubiera chocado contra algo, Archer.

—Esperemos que no sea contra su coche. ¿Dónde está?

—Lo aparqué allí, en la plazoleta. Hay mucha niebla. Dicen que durará toda la semana.

—El servicio de reparto de niebla podría suprimirse. Es usted

precavida con su linterna, Aubrey.

Atravesada la calle, donde la visibilidad cesaba a los cinco metros, ella anunció:

—Si le gusta conducir, hágalo.

—Me gusta. Gracias.

Se sentó Brumel iluminado por la linterna, de la que se apoderó, y pulsó la luz interior.

—Un buen cacharro. Valdrá un pico.

—Me lo compró papá.

«La clásica “hija de papá”. Me está mirando con asombro. No he escupido ni echo azufre por los ojos».

—Como una seda —comentó, mientras embalaba el «Pontiac»—. Y provisto de faros contra la niebla.

—Hay mucha por la carretera hacia los Hampton. ¿Conoce Montawak, señor Brumel?

—Dentro de una hora, sí, señorita Marcy.

—Llámeme Aubrey. La pobrecilla Silvia sufrió mucho. Ahora ya no padecerá más.

—Me dijo que ustedes dos se querían mucho.

—Pero reñimos, cuando pasó lo que pasó.

—¿Cómo fué?

—Se lo dirá papá.

—Ya que está usted aquí, de algo hemos de hablar.

—Se equivocó, señor Brumel. Ésta es la Trinity, y debe coger hacia el puente de Williamsburg.

—Si no le molesta, tengo que ir a dos sitios.

—La cena es a las ocho y media, señor Brumel.

—¿Y cuánto se tarda en llegar?

—Entre una hora y hora y cuarto.

—Sobra tiempo. ¿O le molesta?

—No, no. De ninguna manera.

Guardó ella silencio, y la imitó Brumel hasta detenerse frente al edificio de Correos, del Central City Hall.

—No se moleste en acompañarme. Voy y vengo.

En Lista encontró el sobre conteniendo la contraseña, en el dorso de la cual se indicaban como horas de recocida en la Consigna East, las de nueve a doce y de tres a siete.

Faltaban diez minutos para las siete. Casi agradeció que Aubrey

Marcy se hubiera anticipado.

En el coche, comentó:

—Un rodeo corto, y estaré todo dispuesto a disfrutar de la cena. El East dista poco.

Ella guardó silencio, y cuando atravesaban el Bowery comentó:

—Son barrios peligrosos, dice papá.

—¿Cuándo cumplió los quince años, Aubrey?

—Hace ya dos, y tres meses. ¿Tan niña parezco?

—No lo parece. Lo es. Pensaba encontrarme con una muchacha mayor y hubiera hecho preguntas.

—Sé contestar adecuadamente, señor Brumel.

—Después lo comprobaré. Pido perdón por atender al volante. Hay exceso de tráfico para la cantidad de niebla.

En la Consigna de la «Gran Terminal East River», un empleado recogió el boleto, y regresó con un maletín muy femenino.

Piel de lagarto con asidera de antílope, y cantoneras y correas del mismo material. Pesaba lo suficiente para su aspecto de neceser de viaje.

Mientras se encaminaba hacia el coche, Brumel hizo jugar el cierre. Cedía, pero sin abrir. Tendría que descerrajarlo. El maletín debió pertenecer a Silvia, la cual consideró preferible encerrar en él la misteriosa lápida envuelta en un sobre lacrado.

Lo colocó en el estante, tras su espalda, en el dos plazas. Embragó para ir acelerando a medida que, aclarándose de edificios, la atmósfera se hacía más diáfana en los inicios de los diversos accesos suburbanos conducentes a la parte meridional de Long Island.

Prolongó voluntariamente el silencio, y rodaban los cauchos sobre el asfalto de la carretera de Jones Beach cuando, envarada, observó Aubrey Marcy:

—No me dijo mamá que debiera servirle de taxi, señor Brumel.

—A mí, sí me lo dijo mamá. Me dijo bien claro que usted me ahorraría el tren. Tuve que ir a comprar tabaco, y retirar mi estuche de tocador. No iba a mandarla a usted, ¿no? Mi cortesía…

—Es nula, ha dicho mamá.

—Deme clases, Aubrey. Prometo no sorber la sopa con pajilla, ni meter los dedos en el puré de caviar. ¿Conque usted era la que adoraba a Silvia, no? Esperé encontrarme con una lloriqueante

mujercita, y me he tropezado con una nena pitonga. ¡Sí, tal como le digo! Usted nunca adoró a Silvia, ni mucho menos. Le tiene muy sin cuidado que, escasamente hace un par de horas, le cubrieran el ataúd de tierra. Usted quería verme de cerca, como quien va al Zoo a ver bostezar al oso pardo.

—Puedo oírle rebuznar, señor Brumel.

—Relinchemos como aperitivo de la cena. ¿Qué gran pecado cometió Silvia Marcy para que usted, apenas una criatura recién destetada, considere que está mejor enterrada?

—Papá le dará toda clase de respuestas, señor Brumel. Yo no quise creer en la maldad de Silvia, hasta que comprobó… ciertas cosas.

—Diga una, tan sólo.

—Acusar a tío Joris con insinuaciones indirectas, de intento de asesinato.

—Escuche, nena: yo reconozco que los Marcy que quedan son la crema, la flor y nata y la espuma de natilla de lo social y distinguido. Por esto mismo, lo que no me cabe en la sesera, es la falta de elegancia que supone este rencor hacia una muerta. Hasta en presidio, los inquilinos respetan a los muertos.

—Salvo cuando hasta el mismo día de hoy… nosotros recibimos una carta amenazadora de Silvia. Se lo diría mamá, ¿verdad? En la carta, daba Silvia a entender que un ex detective vendría a molestarnos.

—No molesta quien quiere, sino quien puede, nena. Pero dejaré la artillería para los artilleros.

—Dice mamá que usted es difícil de tratar. Dijo más.

—Suéltelo. No se lo almacene, o estallará.

—Dijo que usted era el prototipo del hombre agresivo.

—Entonces, en la cena, como cubiertos, vamos a emplear garrotes, y por mondadientes, estacas afiladas.

—Mi tío Joris sabrá contestarle en todos los terrenos, señor Brumel. Nosotros le hemos invitado animados de buena intención. Si recibió usted pago de Silvia para…

—A sonarse, mocosa, antes de hablar. Ponga la radio y saldremos beneficiados. ¿Le gusta Sinatra? Conecte con la «WW6». Si prefiere las «Recetas de Mamá Biberón», enchufe con la «Broad 8».

Ella hizo girar un botón, y tras varios cortes, sintonizó un programa de melodías zíngaras.

La carretera se ramificaba en tres, en dirección a los lugares más distinguidos de Long Island. Una flecha señalaba, simplemente, hacia el Sudeste:

«HAMPTONS».

A lo lejos guiñaba el faro de los Montawak, los arrecifes peligrosos de costa magnífica que, al extremo de Long Island, ofrecía sus colinas bajas, que en colorido evocaban el paisaje escocés.

Un paisaje espléndido, casi un coto para los afortunados, con leyes contra los cazadores furtivos, la pesca no deportiva y el vagabundaje.

La radio anunció, tras el último arpegio de czardas, una selección de piano por Charlie Kuntz.

Un motivo cantarino, de inefable dulzura sin empalago, justificó el título de «Duendecillos juguetones».

En las llanuras circundantes, la niebla evolucionaba con ritmo de pavana, en lentos flecos, como el vuelo de faldas de crinolina…

Y Brumel se sintió de nuevo poseído de la sensación de soledad en un mundo inhóspito, que le había acometido en Nochevieja.

La muchacha que estaba a su lado silenciosa, reprobativa, era casi una niña, y estaba impregnada de rencor hacia una muerta, una viajera agonizante desde su infancia, que «sabía que moriría joven».

Iba a ser difícil su encuentro con Joris Marcy. No le conocía, ni sabía qué estilo de hombre sería, y sin embargo, tenía el presentimiento de que matarle no le parecería un delito.

Hubiera sido una caridad viril, si ella mendigaba amor, dárselo. Porque era una joven sin futuro, siempre temiendo el momento de encogerse, asirse con crispada diestra el costado, y esperar…

Esperar a recuperar la normal respiración, o nunca más recobrarla.

—Lo siento, señor Brumel.

Se arrancó bruscamente Brumel de la contemplación de la cinta de mojado asfalto, y de sus pensamientos.

—¿De qué va, nena?

—Fui quizá un poco dura.

—Con la música suena mal.

Ella cerró el encendido. Y fué sincera:

—A veces, me ha parecido cruel la decisión de mamá, pero era justa.

—¿Qué decidió mamá?

—No consentir que Silvia envenenara nuestro ambiente. Todo empezó el día en que quiso ella comprometer a tío Joris.

—¿El catorce de agosto?

—No recuerdo, pero fué antes, por primavera. Hizo ella algo muy feo. Dijo que tío Joris… Es escandaloso, señor Brumel.

—Tengo licencia para asistir a películas no censuradas.

—Dijo Silvia, en el club, que tío Joris iba a casarse con ella porque… bueno… era irremediable, pues tío Joris entró en sus habitaciones… Me lo explicó Jessica Armstrong, que era precisamente novia de tío Joris. Y ella rompió con tío Joris.

—Estoy poco baqueteado en los chismes de sociedad, e ignoro las costumbres de Montawak, pero en mi barrio la persona que compromete no es la Chica de la alcoba, sino el hombre que entra en ella.

—¡Es que era mentira!

—¿Cómo lo sabe usted?

—Lo dijo tío Joris.

—¿Y vale más lo que diga tío Joris, que lo que contra su pudor femenino dijo Silvia?

—Fué para que rompiera con tío Joris, Jessica. Y Silvia había ya hecho lo mismo con otra novia de tío Joris. Lo supe después. No está bien eso, diga usted lo que diga.

—Yo no digo ni pío, hasta que oiga trinar a Joris. ¿Qué pasó el catorce de agosto?

—Silvia provocó un escándalo, llegando de madrugada con dos pescadores de la costa. Estaban bebidos los tres…

—Vuelva a poner la radio —atajó Brumel.

—¿Por qué?

—Hay cosas que oírlas de boca de una mocosa, molestan. Usted repite el refrán que ha oído. Y yo quiero oír al autor de la canción. No hablemos más, Aubrey. ¿Se detuvo alguna vez a pensar que su prima estaba constantemente pensando en su corazón?

—Lo hicimos todos, consintiendo mucho.

—¡Cállese! Está usted educada sin criterio propio. Y se casará usted con el bobalicón que mamá elija. Tendrá que ser rico y de buena familia, aunque sea un borrico. Y será usted una gran dama. Dará caridad por medio de una Junta, y sin embargo, dejó morir como a una perra sarnosa a su propia prima…

—¡Señor Brumel!

—De señor no tengo nada, y lo reconozco.

—Dijo mamá que usted es de los que disfrutan creyéndose superiores al esforzarse en ser groseros.

—No me cuesta ningún esfuerzo. Y ya va bien, niña. Para discutir y pelear, búsquese un pelele.

—Está usted muy equivocado al suponer que en nuestro mundo…

—¿Cuántos mundos hay? Uno, redondo, y gira. Mi antepasado fué un piel roja, y el de los Marcy, seguramente una india que pegó alaridos de gozo al ver a su francés de explorador. O sea, que menos presumir de mundo. ¿Voy bien, si viro a la derecha?

En la carretera, ahora descendente, una pancarta indicaba:

«MONTAWAK SIDE».

Otra decía:

«MONTAWAK RESSORT».

—A la izquierda, y después por la alameda primera, a la derecha. Conduce rectamente a casa.

—Una pregunta, Aubrey: ¿asistirá usted a la cena?

—Lo dirá mamá. Pero, antes, los caballeros se reúnen en la sala fumador y toman aperitivos.

—Tomaré, aunque sólo puedan entrar los caballeros. ¿No entra tío Joris?

—Dice mamá que esta actitud de usted es el prototipo de la envidia.

—Mamá no da una en diana, cuando se pone a estudiar los microbios del bajo mundo. Yo envidio eso de vivir sin dar golpe, con todo pagado, y la prensa a favor. Pero no envidio lo que llevan ustedes dentro. Ese sentido de rígida inflexibilidad que les hace duros. Tal vez sea necesario, pero no es humano. Hemos nacido

para equivocarnos y tratar de corregirnos. Y se acabó el sermón, porque hemos llegado, y ciérreme la boca cuando me ponga verde de envidia ante el lujo y la servidumbre con librea.

Un lacayo con librea abrió la verja, mientras otro esperaba con un candelabro eléctrico al pie de la escalinata. La residencia Marcy era de puro estilo Victoriano.

Bajó ella del coche, y sin aguardar subió las escaleras. Archer Brumel, con el maletín bajo el sobaco, y apoyándolo en el antebrazo doblado, miró al solemne lacayo que le precedía.

Indudablemente, su antepasado piel roja debió casarse con una revolucionaria, porque le parecía imposible que existieran hombres robustos que se enfundaran en uniformes serviles.

No era una antesala aquello, sino un salón de baile para un regimiento de oficiales. Era indiscutible que los Marcy no eran nuevos ricos.

Cada objeto parecía estar adherido al sitio adecuado. La escalera por la que subió el lacayo, le recordó a Brumel un escenario de película dieciochesca.

Empezó a analizarse. ¿Era envidia lo que le hacía sentirse agresivo? ¿Era, sinceramente, viril repulsa hacia los que no sentían el menor dolor por la muerte de una pobre muchacha?

El lacayo debía estar advertido, o tenía la impavidez de una estatua ambulante, porque sin comentarios volvió a preceder a Brumel.

Bajaron las escaleras, atravesaron a lo ancho el vestíbulo, y el criado, en un umbral, anunció:

—El señor Archer Brumel.

Capítulo IX

En el salón había dos hombres. Uno de rubicundo rostro, algo grueso, gafas montadas al aire y aspecto de angelote.

El otro era de alta estatura, aladares canosos, cabello rubio rizoso, guapo, con ojos negros de largas pestañas.

Los dos vestían «*smoking*». El más grueso inclinó un poco la cabeza al decir:

—Buenas noches, señor Brumel. Le presento a mi hermano Joris, y lamento el motivo que ocasiona nuestro conocimiento. Mi esposa le ha dicho que nuestro deseo es disipar todos los equívocos posibles. Es desagradable merecer ciertas hostilidades, tan desagradable como tener que hacer comentarios poco favorables de la que todo ha de perdonársele, porque si se extravió y no quiso respetar nuestro apellido, padecía una enfermedad de fatal desenlace.

Archer Brumel tomó la decisión de no dejarse influir. Era lógico que un hombre de mundología acreditada como lo era Herbert Marcy, hablase sensatamente.

Se quitó el sombrero, que depositó con el maletín sobre un sillón, en cuyo brazal se sentó. Miraba con insistencia a Joris Marcy.

Herbert Marcy esperó unos instantes, y por fin preguntó:

—¿Le sirvo un Martini seco? ¿Prefiere jerez?

—Esta tarde han enterrado a Silvia. El mundo sigue su marcha, pero mi reloj se paró en una hora. No puedo darle cuerda, hasta saber a qué atenerme. Con usted, de momento, señor Marcy, preferiría quedar bien.

—Déjame a solas con el caballero, Herbert —indicó Joris Marcy, sentándose, a la vez que cogía un alto vaso de grueso cristal, de una mesa a su lado.

Herbert Marcy abandonó el salón fumador. Joris Marcy miró al trasluz su copa. Después dijo, con la voz rica en grave aterciopelado:

—Hay miradas que valen por un discurso, Brumel. La suya, desde que oyó mi nombre, rezuma desprecio.

—Me encanta poseer tanta elocuencia muda, Joris Marcy. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Del que usted necesite. No creo que Bárbara ni Aubrey tengan muchos deseos de acompañarnos a cenar.

—Lo comprendo. Las pobres están afectadísimas.

—Más de lo que usted se figura. En cuanto a mi hermano Herbert, prefiere soslayar las situaciones difíciles.

—Ya. Y es usted, pues, el que ha de demostrarme lo falsa, lo embustera y lo muy mala que era Silvia.

—Silvia no era falsa ni mala. Embustera, sí.

—Supongo que para coger un vaso y beber lo que me sirva, no tendré que tocar una campanilla de plata.

—Se esfuerza usted en ser mordaz inútilmente, Brumel. Aquí nadie le considera por lo que dijeron los periodistas. Le recomiendo el frasco de cuello estrecho, a su izquierda. Es mosto suave, y abre el apetito.

—Gracias, Joris Marcy. Tengo un apetito feroz, pero es de descubrir, si es posible, qué clase de tipo es usted.



—Gracias por el taxi, capitán. Es agradable viajar en su interior sin las esposas puestas.

—Ya me ve. Le haré mi descripción: treinta y ocho años, soltero, apenado por haber merecido el rencor de Silvia…

—Un momento. ¿Ha dicho «apenado por haber merecido el rencor de Silvia»?

—Así es. Ella se figuró estar enamorada de mí, y no lo estaba.

—Una modestia admirable, Joris Marcy. Un buen mosto, suave, traidorzuelo, aterciopelado… Puede engañar, pero es de fondo

fuerte.

—Recojo la alusión. En efecto, tengo un fondo fuerte. Soy campeón de tenis del sur de Long Island, y practico a diario la lucha y el boxeo.

—Magnífico. Pero tiene usted mucho estómago, señor Marcy.

—Cierto. Mi masajista se desespera. Debería beber menos. Los años ablandan los tejidos, empezando por el estómago.

—Su barbilla denota falta de carácter; en cambio, el resto es engañosamente viril.

—Tiene derecho a desfogarse en representación de Silvia. ¿Por qué le parezco poco hombre?

—No sé cómo hacerme entender. Supongamos, por un instante, que yo haya nacido en su cuna, Joris Marcy. Y que mi sobrina está muy enferma. Y le da por creerse enamorada de mí. Me conformo a ser su marido, evitando que se sienta humillada. Hubiera sido una obra viril, señor Marcy tercero.

—Soy el más joven Marcy, en efecto. Yo me hubiera casado con Silvia, pero había un inconveniente.

—A ver cómo califica usted su egoísmo, antes de pasar a estudiar otras calificaciones más graves.

—Soy extremadamente egoísta, pero mi buen gusto me impediría jugar al galán desdeñoso con una mujer enferma. El inconveniente que me impidió casarme con Silvia, fué elemental. Ella no quiso.

—Miente usted con arte. No está aquí Silvia para negar su embuste, Joris Marcy.

—Lo podrá comprobar en el pueblo, Brumel.

—¿No era usted novio de una tal Jessica Armstrong?

—Lo fui, cuando Silvia se negó a casarse. Es difícil comprenderlo, pero el caso de Silvia era puramente patológico. No quería esperar calmosamente, sino que sufriendo quería hacer sufrir.

—Lo comprobaré también en el pueblo, ¿no? Tal vez un feudo de los Marcy. Y naturalmente, nadie en el pueblo atestiguará que usted, el día catorce de agosto, hizo ciertas preguntas a Silvia que la impulsaron a huir, convencida de que peligraba su vida.

—En efecto. Nadie lo atestiguará. Vino por la madrugada, levemente enturbiados los sentidos. La acompañaban dos

pescadores, totalmente ebrios, que se retiraron invitados por cuatro criados. Le reproché a Silvia sus constantes escándalos. Reiteré mi demanda de matrimonio, y mi invitación a efectuar un crucero por sitios de ensueño, de sol, de alegría. Me abofeteó, y a gritos aludió a que nosotros deseábamos verla muerta. Dijo insanidades fuera de sí. Bárbara acudió y puso punto final a la desdichada escena. Invitó a Silvia a irse a un sanatorio, reponerse y acceder a casarse conmigo. Y entonces Silvia hizo un juramento.

—¿Insano?

—Así lo califico. Juró que después de muerta, la paz cesaría en esta residencia.

—¿Puede decirme dónde estaba usted a media tarde, el día doce de diciembre?

—Junto a la vía de Newburg, en el coche de Silvia.

Pestañeó Brumel.

Miró cómo Joris Marcy apuraba el resto del alto vaso, dejándolo sobre la mesa. Sacó una pitillera y extrajo un cigarrillo, encendiéndolo.

Algo exasperó a Brumel…

—¿Leyó los periódicos, en lo referente al atentado?

—Mi versión es más exacta. Me llamó Silvia por teléfono, y acudí al lugar. Era un sendero, no lejos de la vía. Me enseñó un frasquito, diciendo que era veneno. Que se lo iba a tomar, y que al ser yo inculpado, los Marcy ya no levantarían la cabeza Le reproché sus locuras. Tiró el frasquito sobre el asiento. Quise calmarla, pero me insultó. Me fui. El frasquito contenía un narcótico que se bebió antes de tenderse sobre la vía. Por suerte, el maquinista frenó a tiempo. Intentó ella atraer a la policía de Nueva York hacia mí, simulando primero un agresor misterioso, pero dando a entender que le era penoso revelar la verdadera identidad de su agresor.

—Al oírle, le darían la primera comunión sin confesión, Joris Marcy. Lo malo de todo esto es que ella está muerta, pero… yo me parece que disfruto de excelente salud.

—Es evidente.

—Ayer mismo, entre siete y nueve de la noche, ¿dónde estaba usted? Es simple indiscreción.

—Ya sé que no puede obligarme a contestar, pero no veo la razón para negarme a cualquier pregunta, ni enojarme por las

peores insinuaciones, puesto que le hemos invitado con este fin. Aclarar conceptos. Ayer, a las siete, jugaba al *bridge* en el club. Terminé hacia las ocho y media. Y a las nueve, cenaba también en el club.

—¿Conocía al abogado Wilcox?

—Me telefoneó para rogarme le visitase.

—¿Cuándo?

—Exactamente anteayer por la tarde. Me dijo que iba a iniciar una demanda judicial a petición de Silvia. Le contesté que consultara primero los artículos del Código referentes a difamación, injuria y calumnias. No añadí más.

—¿Por qué este empeño en justificarse?

—Para evitarle molestias, Brumel.

—Su generosidad es arrolladora. ¿Y qué hay del… entierro?

—¿A qué se refiere?

—Tienen un panteón familiar. ¿No es costumbre colocar algo sobre la tumba?

Por vez primera, algo semejante a alarma modificó la quietud facial de Joris Marcy. Replicó:

—Una lápida.

—¿Está colocada?

—Si.

Había vibraciones metálicas en la voz de Joris Marcy. Y tensión en su largo cuerpo.

—¿De qué clase? ¿De roca, de cristal?

—De granito blanco —repuso Joris.

—¿Por qué no de mármol rosa?

Joris Marcy permaneció quieto. Daba la impresión, de un hermoso animal de tranquilo pasto… hasta que, oyendo un tiro, olfateaba por dónde traía el viento el peligro.

—No lo especificó así Silvia. Nos limitamos a emplear el granito. Es el más apropiado.

—Claro, claro. Por mí, ya ha terminado el aperitivo. Y no tengo ganas de cenar a lo fino. Supongo que puedo cenar fiambres de mi propio surtido, que traigo en este maletín.

—No sea absurdo, Brumel —sonrió Joris Marcy—. No envenenamos a nuestros invitados… aunque sintamos deseo de hacerlo. Sabemos reprimirnos. ¿Qué significaron sus alusiones a una

lápida color de rosa?

—Como si hubiera hablado de un ladrillo color esmeralda. ¿Sabe que estoy arruinado, Joris Marcy?

—Parece ser que indicó usted a Bárbara que no estaba en plétora de fondos, en efecto.

—Con una cantidad decente, podría iniciar una nueva vida en otro Estado. Da la casualidad que poseo algo que ningún policía conoce. A lo mejor, usted lo compra.

—Depende.

—Una lápida color de rosa, de mármol, señor Marcy tercero. Conozco el camino para ir a mis habitaciones.

—Un momento, Brumel. ¿Dice que estaría dispuesto a vender… una lápida de mármol rosa?

Rabioso, agresivo, casi gritó Brumel:

—¡Picó, tiburón! ¡Ni por un millón vendo el medio de hundirle con toda su soberbia seguridad! Pruebe ahora el mosto, Marcy. Medite y escarbe. Mañana, al amanecer, me largo. Y esta noche recibo a tiros. Medite en la nochecita que hace. Ya sé ahora que tenía razón Silvia… Y lo voy a hundir, Joris Marcy. No me envíe narcótico ni arsénico, porque beberé agua del grifo. Aquí me tiene. Puedo hundirle, y se lo anticipo. Le hundiré sin remedio.

Llevando en una mano sombrero y maletín, Archer Brumel no encontró a nadie en su camino, escaleras arriba, salvo dos lacayos, robustos, que inclinaron la cabeza en respetuoso saludo.

Cerró la puerta, asegurando el pestillo, y comprobó la topografía de sus habitaciones. Antesala con despacho, alcoba y cuarto de baño.

Se sintió casi grotesco, pero no vaciló en comprobar que los tapices colgando en la alcoba, no ocultaban nada.

De un estante del cuarto de baño cogió unas tijeras de uñas, que con febril impaciencia insertó en el cierre del maletín.

Y abierto, acarició el sobre formado por un gran papel amarillo, lacrado en sus uniones. Lo alzó. A través del papel, al tacto, identificó, sin lugar a dudas, que era una pistola lo que abultaba bajo lo que parecía ser una losa pesada.

CAPÍTULO X

Era una automática de marca belga, con su cargador completo. Brillante, lustrosa, destacaba sobre el recuadro de mármol rosa, colocado encima del taburete de esmalte blanco del cuarto de baño.

El cincel había labrado en la piedra:

«1918. Yace aquí Berta von Braulich. R. I. P.».

Una lápida vulgar, sólo que en mármol rosa, y además de la cruz, llevaba, en la esquina inferior, la mención del lapidario:

«Orestes Ferri. Milano».

Archer Brumel cogió la automática, colocándola en su bolsillo posterior. Iba en mangas de camisa, y la calefacción estaba en su justa graduación. Pero sudaba, porque comprendía que estaba a punto de descubrir el misterio de toda la verdad sobre los Marcy.

Dió vuelta a la lápida, erosionada en algunas partes como si hubiera sido arrancada de su sagrado lugar. Hizo saltar los lacres que sujetaban a su dorso un recio papel envolviendo en rectángulo otros.

Desplegó el primero, y cayeron varios crujientes enrollándose, como pergamino largo tiempo mantenido en forma tubular.

El primer papel era de carta, con el membrete del «Waldorf Astoria». La letra era la misma que constituyó el penúltimo mensaje de Silvia Marcy, anunciando que presentía algo extraño en la llamada telefónica.

«Brumel: Cuando leas esto, habré cesado de

padecer. Y tú quedarás obligado a vengarme. Esta lápida me la entregó mi padre, y con ella la historia de la riqueza de los Marcy. Mi padre me dejó la elección. Estaba arrepentido, pero no quería condenarme a vivir pobre. No dejó la elección a sus hermanos, ni a la esposa de Herbert. A mí. Sólo yo podía decidir. Pero no quise, en vida, ultrajar el nombre del teniente de la Escuadra americana William Marcy, que el año 1917 fondeó en aguas de Nápoles. Ahora conocerás por qué Joris quería casarse conmigo y por qué luego atentó contra mi vida. Y por qué, por medios que averiguarás, dio muerte a Wilcox. El 14 de agosto, por vez primera, hizo Joris referencia a la lápida de mármol rosa. ¿Cómo supo que mi padre, que nunca dijo nada salvo a mí, conservaba esta lápida, porque era la prueba de una vileza que jamás se perdonó? Hoy coloco en este maletín las pruebas de los motivos por los que Bárbara Marcy y Joris querían matarme. No te dije las razones, pero las adjunto por si la muerte me impidiera desenmascarar a Bárbara y Joris. No sé cómo pudieron averiguar el secreto del teniente William Marcy. Pero el 14 de agosto, Joris me instó a entregarle dicha lápida y la declaración escrita, confesión del teniente Marcy. Hubiese podido, el 12 de diciembre, entregar todo esto a la policía. No quise… Debían ellos sufrir como yo he sufrido. Desde el instante que ellos sepan que posees esta prueba que los puede arruinar, puedes seguir la suerte de Wilcox. Dios te ayude, Archer Brumel».

Archer Brumel asió con mano impaciente los pergaminos, que ordenó. Tres hojas.

«Yo, William Marcy de Ferblanc, en mi cabal juicio y plena posesión de mis facultades físicas, aquejado de

grave dolencia cardíaca, y malherido moralmente desde que en el año 1917 sucumbí al poder maléfico de la riqueza, quiero confesar mi villanía, dejando a elección de mi hija Silvia el reintegrar los bienes pertenecientes a los familiares de la condesa Berta von Braulich.

»En el año 1917, en el mes de marzo, fecha 7, fondeó la flotilla de la que era unidad mi destructor, y siendo yo recién ascendido de guardiamarina. El apellido y residencia era todo lo que nos quedaba a los Marcy, arruinados por diversas suertes contrarias. Nuestra residencia pasaría pronto a poder de los prestamistas. Ésta era mi situación económica entonces, pero era joven y animoso. Conocí a la condesa Von Braulich, hermosa berlinesa refugiada en Nápoles. Se prolongó nuestra escala, y mi destructor quedó como reserva. La condesa precisaba de mi ayuda. Un hombre de mi juventud, con mi grado de oficial, era el indicado para poder ir con ella a Suiza. Estábamos enamorados, y ella me confió un secreto.

»Su difunto esposo, comerciante poco digno, había acumulado riqueza en negocios dimanantes de la difícil situación civil alemana. No eran marcos de papel, sino monedas de oro y plata, joyas y vajillas. Dos voluminosos cofres que fué llenando Berta, instalada prudentemente en Zurich por medida precautoria de su propio esposo. En enero del 17 murió su esposo, apuñalado por uno de sus deudores. Era un usurero, y ella lo había amado, pero era joven y nos enamoramos.

»Estaba en Nápoles sin atreverse a confiar en nadie. Tiempos turbulentos, de caminos peligrosos para una mujer sola que se atreviera a viajar con dos cofres de peso que podía despertar codicia en quienes los transportasen.

»Pedí licencia temporal por enfermedad supuesta, y fuimos a Zurich. Como mi voluntariado podía eximirme de responsabilidades, me fué concedida la licencia por tiempo indefinido.

»Desde Zurich convertí en dólares una parte de las joyas Por mediación de un Banco, pagué a mis prestamistas. Ante Berta pretexté un premio en la tómbola benéfica de Lausanne, y una afortunada inversión en fletes navieros, de riesgo entonces, pero de grandes beneficios.

»Me licencié definitivamente. Efectué varios viajes desde Zurich a Milán, con Berta. No podíamos casarnos hasta no conseguir determinados documentos que sólo podían obtenerse terminada la guerra.

»Berta ignoraba mi villanía. No sabía que yo iba convirtiendo en dólares las joyas, vajillas y objetos preciosos acumulados por su difunto esposo.

»Lo descubrió en enero del 18. Todo su amor se trocó en justo odio. Era la viva imagen de mi muerto amor, y mi viva acusadora. Temió por su existencia y, huyendo de mí, pereció entre las ruedas de un carruaje.

»Consideré que siempre gravitaría sobre mi corazón el peso de la lápida de mármol rosa, y mi hija Silvia decidirá, a mi muerte, si con ella he de ser enterrado.

»La que luego fué mi esposa, siempre ignoró la verdadera causa de mi melancolía, atribuyéndola a mi dolencia, que desdichadamente ha heredado Silvia. Insuficiencia cardíaca, dicen los médicos.

»Hay males que nunca la ciencia sabrá curar, porque pareciendo orgánicos son morales. No nací para vivir en constante pugna con mi conciencia, en tardío arrepentimiento.

»Será de ley, justa o humana, lo que Silvia decida, pero los bienes que han evitado que la residencia de

los Marcy pasara a otras manos, son de legítima propiedad de los familiares de Von Braulich.

»Esta confesión no me indulta. Mi hija sabrá perdonarme, y Dios me ayude en su infinita misericordia.

»*William Marcy de Ferblanc*».

Archer Brumel se frotó manos y cara bajo el chorro frío del hermoso lavabo de piedra azul.

Aquellas páginas representaban que era el dueño de la riqueza de los Marcy.

Cerró la puerta del cuarto de baño y pasó a la antesala, donde revistiendo su americana, trasladó de bolsillo la pistola.

Pulsó un timbre, colocado bajo una boquilla de teléfono interior. Una voz respetuosa inquirió a través del enrejado de la pantalla:

—El *office*, señor. ¿Desea el señor?

—Jamón en lonchas, huevos crudos, y al instante, esclavo.

Esperó nervioso. Tenía deseos de ver aparecer a Joris Marcy, sin incurrir en la imprudencia de ir a su encuentro. Era una situación desfavorable para un hombre como él, con antecedentes penales.

Pero apretaría con gusto el gatillo, si lograba hacer llegar la lápida rosa y los documentos a su debido sitio. Tal vez entonces ya no creería el capitán Mac Donald que Silvia Marcy era una embustera maligna.

Llamaron a la puerta, y fué a abrir con la diestra hundida en el bolsillo derecho.

Cerró.

Bárbara Marcy dejó sobre una mesita la bandeja. Vestía un precioso traje de noche, compendio de distinción.

Anunció serenamente:

—Hay temas difíciles entre hombres. Su risa es insultante, Brumel. Pero ofende menos que sus ojos. Tiene aquí lo solicitado. Si teme florentinas ponzoñas, puedo compartir su refrigerio.

—Nunca fuera caballero de damas tan bien servido. Es digna de su nombre. Está usted bárbara e imponente, señora. ¿Qué tema es el difícil entre hombres, y no lo es entre usted y yo?

—Valorar en lo justo la infortunada confianza que mi difunto

cuñado William depositó en Silvia. La instamos a no manchar la memoria de su padre…

—Y a no quedarse sin una perra, también. Las cosas como son, Bárbara.

Cogió Brumel una loncha de jamón, la olió, y sirviéndose siempre de los dedos, la enrolló para masticarla con apetito.

Ella permanecía en pie, altiva, muy señorial.

—Haga ofertas, señora. Se admiten cifras que estén de acuerdo con la casa.

—Mi esposo y Joris han decidido ofrecerle lo que pida, si es sensato, Brumel.

—¿Cómo averiguó Joris que Silvia podía hundirles?

—Fortuitamente, por un diario de William que apareció el catorce de agosto, y que poseía Silvia en su *secreter*, que dejó abierto.

—Veamos… La casa, los coches, los lacayos, la honorabilidad, podemos tasarlo en mi participación, en… cien mil dólares.

—De acuerdo.

—En billetes de diez y cien, sin numeración correlativa, y a cobrar en diversas firmas. Libras, dólares y francos suizas.

—De acuerdo.

—Ahora tasemos a Joris. Estaría, muy elegante en la silla eléctrica. Lo valoro en diez mil dólares. ¿De acuerdo?

Ella no contestó. Brumel ingirió otra loncha, y dijo:

—Por favor, señora. Tranquilice mi estómago. Le ruego degluta una loncha. He dejado el tenedor sin tocar para su uso. Es usted de una belleza fría y desdeñosa. Yo tengo otra clase de belleza. Apagadamente ardiente, y tan despreciativa como la suya. Mastica usted con gentileza. Pasemos al último punto. He valorado casa, muebles, lacayos, coches, honorabilidad y Joris, en ciento diez mil. Pasemos a Herbert, Aubrey y usted. Valen mucho más…

—Estoy autorizada para ofrecerle hasta doscientos mil dólares.

—Bien. Ahora tome nota y transmita. Tengo siete balas, y muy malas ideas. Voy a largarme con las pruebas, que entregaré al capitán Mac Donald. Renuncio a la riqueza, porque soy un villano y así moriré. No está mal, señora Marcy. Ofrecerme un dinero que no es de los Marcy. Un dinero que es de cualquier alemán, que a lo mejor se está machacando los callos de las manos, barriendo. Pero

esto me tiene sin cuidado. Es en Silvia, en quien pienso. Empiezo ahora a comprender por qué tiene derecho el contribuyente a alimentar policías. En la cárcel, lo consideraba una estafa. Ya no lo es… ¿Sabe que estará usted divina en el banquillo?

—Desvaría, Brumel.

—¡Oh, sí, ya lo creo! Hay una carta de Silvia aludiendo a las amenazas proferidas por Bárbara Marcy y Joris.

—Mentira.

—Sí, sí. ¿Y me ofrecen doscientos mil por mentiras?

—No queremos manchar el apellido.

—Y tener que ponerse a arrimar el hombro.

—Leído el diario de William, Joris y Herbert hicieron comprobaciones. No hay descendientes legales de los Von Braulich.

—Ya, ya… Cuénteme ahora uno de risa.

—Es posible que Joris le impida salir.

—Eso quiero. ¡Va mi envite, señora! Renuncio a ser rico, porque me produce infinito placer esa estúpida frase de «pobre, pero honrado», que antes me causaba retortijones. Usted y Joris van a ir donde les corresponde, y si Joris se siente machote, me asombrará. A los criados les meteré plomo en salva sea la parte. A Joris en el estómago. A usted, señora, la invito a apartarse de la vía de salida.

—¿Está plenamente decidido a irse?

—En coche, bicicleta o ambulancia, pero llevándome por delante al que se crea capaz de impedírmelo. Lamento ser insensible al dinero sucio. Es más limpio el de los «equipos» de estupefacientes. Al menos, ellos no aterrorizan a una pobre muchacha muerta en pie. ¡Fuera, señora! Me está usted provocando con su aparente dignidad.

Bárbara Marcy inclinó la cabeza. Titubeó un instante, y por fin caminó hacía la puerta.

—¿Quedaba algo por ofrecer, señora?

—Tal vez pueda usted pedir más de los doscientos.

—Ni por un millón trafico yo con el delito imperdonable de haber ido matando poco a poco a Silvia. Verá qué bien se está en el banquillo, soportando miradas, fogonazos de fotógrafos, comentarios de cretinos… Es como si le desnudaran a uno. Y no en traje de noche. Su escote es tentador, Bárbara… Lárguese antes que cometa un estropicio… ¡que es usted peor que Molly!…

Ella misma abrió la puerta, y pálida amenazó:

—Le dolerá lo que acaba de decir, Brumel.

—¡Rásquese si le pica! ¡Y advierta ya a Joris y su jauría! Voy a esperar unos minutos, y después sálvese quien pueda.

Cerró Brumel la puerta. En el cuarto de baño colocó la piedra y los papeles dentro del maletín. Con una larga toalla trenzó el asa, apretando contra su estómago el maletín.

Dió varias vueltas con otra toalla, hasta consolidar el peso y quedar libre de manos.

Encasquetó su sombrero, y abierta la canadiense, se frotó las yemas de los dedos.

Vació el cargador, y volvió a comprobar el seguro y percutor. Insertó una bala en la recámara y rellenó el cargador. En alto el seguro, con la diestra en el bolsillo de la canadiense, abrió la puerta, saliendo de un salto al pasillo.

No había nadie. Pero las luces estaban todas encendidas. Bajó las escaleras, alerta al menor ruido.

Sólo oía sus propios pasos. Anhelaba ver algo sólido. Pero la inmensa casa parecía inhabitada.

En el vestíbulo caminó adherido a la pared contraria a los salones de umbral abierto.

La puerta de salida estaba abierta.

La trampa esperaría fuera, en el gran jardín, poco iluminado. Contornó una columna antes de bajar las escaleras. Al pie de la escalinata estaba el «Rolls-Royce», con el chofer al volante, motor en marcha.

Un poco más lejos, cerca de la verja, el «Pontiac». Corrió en zig-zag, hasta penetrar en el «Pontiac». Puso el contacto y, embalando, describió un viraje cerrado.

El camino particular de la residencia lo surcó en menos de un minuto, y cuando viraba a la carretera, comprobó que no era seguido.

Empezó a inquietarse, pero sin quitar el pie del acelerador. Frenó en seco, anhelante…

¿Explosivo en el motor? Rió nervioso. Hubiera ya saltado en pedacitos.

¿Tan cobarde era Joris Marcy? Esto era un interrogante que le

tuvo intrigado, hasta que, sin contratiempos, detuvo el «Pontiac» delante del edificio, sede de la Comisaría a la que estaba adscrito el capitán Mac Donald.

El sargento de guardia señaló un banco a Brumel. Éste habló luego con un agente, también de paisano.

Regresó tras una corta ausencia el agente, anunciando:

—El capitán Mac Donald no tardará en venir. Ha dicho que puede usted esperarle en su despacho.

En el despacho de Mac Donald, Brumel tiró las dos toallas al suelo, y colocó el maletín sobre la mesa.

Murmuró:

—Tres años esperando por unos miles, y aquí tienes doscientos mil perdidos. Pero estás a gusto, muy a gusto.

Servía para algo la policía. Servía para castigar a los soberbios y cobardes asesinos sin indulgencia, sin valor…

Casi se había merecido los tres años. Sí… Tal vez le hubieran absuelto, porque se había comprobado la legítima defensa.

Pero su constante negativa de saber dónde escondía Harris la droga y sobre sus relaciones con Minelli y Marlow, le hicieron acreedor a la condena y al apelativo de «gangster».

Se echó hacia atrás el sombrero, cuando entró Mac Donald.

—¿Le interrumpí la digestión de la cena, capitán?

—No hay mal que por bien no venga.

—Le traigo un regalo, capitán. Me lo tasaban en doscientos mil dólares la señora Bárbara Marcy y el cobarde de Joris Marcy. Ahí tiene las pruebas bien claras de por qué no mentía Silvia al suponer que era dinamita pura conocer el secreto de la lápida de mármol rosa.

Mac Donald, abierto el maletín, fué examinando la piedra, la pistola, y por último los papeles. Los leyó y, por fin, volvió a dejarlos caer en el maletín.

—Un rasgo de honradez Archer. ¿Nada más?

—¿Le parece poco? —Y con el índice, señaló Brumel el maletín.

—Acaba de salir de mi domicilio Joris Marcy. Por eso he tardado un poco. Empleó otro coche, y salió antes que usted de Montawak.

—Vaya… ¿Qué cuento le ha metido, que pueda destruir esto?

—Temieron que un hombre como usted, algo ofendido,

pretendiera valorar en exceso un secreto muy privado.

—Oiga, Mac Donald… Hasta este mismo minuto, le consideré un policía muy decente.

—Espero no desengañarle, Archer.

—¿Esto no hace misteriosa la muerte de Wilcox?

—Está bien claro. Dejó una carta, que recogí. Había puesto toda su confianza en el préstamo que Silvia le prometió… y que a la mañana siguiente, a las nueve, por teléfono, le negó rotundamente. Suplicó. Wilcox en vano, y se suicidó. Su carta era horrible, porque decía obscenidades… sobre Silvia.

—¡Dígame ahora que Joris Marcy no llamó por teléfono a Silvia, enviando a quien fuera a esperarla en el Fulton Park!

—He tenido mucho trabajo interrogando a Butch y a Orson. Han reconocido que pensaron que Silvia podía servirles para hacerle cantar a usted. Aquello de emplear la supuesta mujer amada… Y cuando ella, bajando del taxi, atravesaba el Fulton, los dos le saltaron encima. La impresión recibida fué fatal. Los dos bestias, al ver caer al suelo a Silvia Marcy, creyeron que se había desmayado. Pero comprobó Orson que se había muerto, y tuvieron que beber un rato antes de decidirse a volver a la casa donde usted, estaba forzosamente esperando.

Archer Brumel murmuró:

—El doce de diciembre, Joris estaba con Silvia.

—En efecto. Y la dejó bien ajeno a que iba a narcotizarse, sabedora de que o el maquinista la vería, o algún caminante… Era muy complicado el cerebro de la sobrina del comisario Joris Marcy.

—No… No me salga ahora con juegos de manos…

—No tenía por qué citarse en los periódicos al comisario federal Joris Marcy. Un cargo puramente honorífico, ya que cede su paga al fondo estatal. Es comisario del distrito sur de Long Island. No supo resignarse a vivir ocioso. Por cierto que hay varios contrabandistas que le consideran un temerario matón…

—¿Por qué… no me lo dijo él?

—Estaba usted comprometiendo el secreto de los Marcy. No hay descendientes de los Von Braulich. Le hubieran pagado para evitar que trascendiera. No podía imponer su autoridad el comisario Marcy, sino el dinero de los Marcy, al suponerle un poco escrupuloso ex detective. Oiga, Arch… Eran doscientos mil dólares.

Hace bien en sentarse. Empieza a comprender que hay pérdidas de dinero que dan satisfacciones. He estado consultando un magistrado. Admite que es hacedero revisar su proceso. No le devolverán tres años de cárcel, pero cabe considerar la legítima defensa, y borrar los antecedentes penales… porque yo sé que usted me dirá la verdad.

—Aprovéchese, porque estoy en baja forma. Aplanado… No hablé entonces, porque estaba convencido de que me juzgarían cómplice de Harris, al que liquidé por quedarme con el alijo, hubieran creído todos. Y después pensé que me merecía una compensación. Harris era listo. No se ha podrido la marihuana, porque la envolvió en telas impermeables. Lo hizo antes de meterlas en un rollo largo, enterrando el cofre en el jardín, para despistar… Pero el rollo, con dos piedras a sus extremos, fué a parar en un sitio asqueroso. La letrina del pozo negro, bajo el cobertizo del pequeño huerto de la casa de Molly Travers, que a estas horas estará haciendo excavaciones por el jardín. Creía que yo sabía algo… Bien, una noche estupenda, ¿eh, jefe? Doscientos y pico de miles que he quemado como quien enciende una cerilla. ¡No, por favor! No me hable de la conciencia, porque estoy aturrullado. ¿Conque el comisario Marcy, eh? Y Silvia sabía que yo odiaba a la policía. Una pistolita con la lápida, ¿eh? La pobre tenía, más malas ideas que Caín. Dios la perdone.

—El suicidio de Wilcox casi lo planeó ella, al darle esperanza segura y después quitársela… Y por cuanto está comprobado, en Montawak, se demuestra que era una perversa criatura, cuya dolencia…

—Mejor es olvidarlo, jefe. Sigue dándome pena Silvia Marcy Se me pasará. Adiós, capitán.

—Hasta la vista, Arch. ¿O no quiere ser mi amigo?

—Ya al punto en que estoy, hasta casi me es usted simpático, viejo. Cuando esté en forma, ¿volveremos a hablar de lo referente a revisión y cancelamiento de antecedentes? Estaré unos cuantos días alelado. No se pierde así como así, un fortunón. Bueno, por mí, que estén tranquilos los Marcy. Yo no soy de los que…

—Lo saben y les consta. Al menos, después de haber hablado conmigo. Sigue tan secreto el origen de la fortuna Marcy, como lo era antes. No es inmoral. Es legal.

—Puede que sí. No me interesa meterme en honduras. Tengo sueño y mucha pena. Ella quería hundir a los Marcy… sin importarle… que yo emplease la pistola. En fin, hasta la vista, jefe.

A la mañana siguiente, despertó Brumel con las raíces de los cabellos semejantes a púas de acero hincadas en su cuero craneano.

No era remedio emborracharse… Después quedaba, además de la melancolía, mal sabor de boca.

Vio bajo su puerta interior, asomar un sobre. Rasgándolo, leyó:

> «Señor Brumel:
>
> »Olvidaremos mutuamente nuestra desagradable primera entrevista. Siempre será bien recibido, y en cuanto podamos serle útil, disponga de los Marcy».

Había cuatro firmas.

Encendió el papel para dar fuego a su cigarrillo. Siempre sería un imbécil rebelde a admitir ciertas cosas. Lacayos, valerse de amistades, pedir favores…

Nunca iría a Montawak.

Pensaba en California. Había terrenos amplios para intentar suerte.

Le quedaba una obligación. Y escribió:

> «Ann:
>
> »La verdad es que Wilcox se suicidó, y sabes que nunca te mentí ni te mentiré. No iré a despedirme de ti. Quizá algún día, mi suerte me permita…».

Rompió el papel, se encasquetó el sombrero y hundidas las manos en la canadiense, recorrió en poco tiempo la distancia que le separaba del domicilio de Ann Sterling.

Ella abrió. Le sentaba bien el luto. Era anticuada y convencional.

—Hola, Ann. Está ya comprobado. Lo siento… Se acobardó. Silvia le había prometido el préstamo, pero luego se lo negó.

—¿Quieres una taza de café, Arch?

—No vendrá mal.

—Dame tu sombrero y tu chaquetón. ¿Te duelen las heridas de la cara, Arch?

—Un poco.

—En la cocina se está mejor, Arch.

—Seguro.

El cínico y descarado «gangster filosófico», al decir de la Prensa, estaba cohibido como un colegial en su primera cita amorosa.

Ella, vuelta de espaldas, mientras manipulaba en la cocina, dijo:

—Me ha alegrado saber que te portas bien, Arch.

—Tengo una salud a prueba de bomba.

—Vino a visitarme el capitán Mac Donald. Quiere que yo le haga un favor.

—¿Sí? Vaya… Siempre pidiendo favores el viejo tuno.

—Quiere que yo… te pida que recuperes tu licencia, y te inscribas como adjunto en la Oficina de Represión del Tráfico de Drogas. No tendrías que marcharte de la ciudad.

—Bueno. ¿Por qué no?

—¿Un terrón o dos, Arch?

—Uno solo y una chispa de coñac. Magnífico. Tenías la botella preparada.

—Mírame, Arch. De nada tenemos que reprocharnos. Me casé con Adrián, y le quise porque le creí formal. Le quise con afecto, y con el mismo afecto le querré hasta que me muera. Pero hay afecto y amor. Creo que voy a llorar, Arch…

—Bueno.

Y Archer Brumel, contraída la garganta, pensó que había mujeres que vueltas de espaldas y limpiándose ojos y nariz con un delantal de cocina, estaban plenas de distinción señorial, verdadera, sencilla…

Ella se sonó con cierto ruido. Después, sin volverse, continuó:

—El capitán Mac Donald cree que ahorrarías sueldo, desayunando y haciendo tus dos comidas aquí. Yo tengo un poco de dinero ahorrado, poco, y que de nada le hubiera servido a Adrián. Dejas tu pensión y duermes en el despacho, que puedes alquilar a buen precio, y…

—Mírame, Ann. Eso es. Así, con estos ojos muy sencillos. Mejor me hubiera ido si te miento aquella vez. Pero es que entonces me parecía imposible ser un buen marido para ti. ¿Son seis meses los

legales para arreglar tus papeles y acabar de ahorrar, durmiendo aquí?

—Cuatro bastan, Arch. Y quisiera besarte, ¿sabes? Pero… me parecerá no lo correcto… sino una verdadera ilusión esperar estos cuatro meses, contando día por día, noche por noche… hasta que tu beso me recuerde cuando éramos colegiales…

—¡Tú lo has dicho, Ann! ¡Maldita sea! ¿Por qué no te mentí aquella vez?

—Porque así ahora, nadie, ni tú mismo, puede dudar de tu honradez muy oculta bajo tu cara de granuja —sonrió ella. Y le pareció incorrecto sonreír estando de luto. Añadió, presurosa—: ¿Un poco más de café, Arch?

Archer Brumel extendió las piernas, se reclinó contra la pared y murmuró con éxtasis, como si recitara la mejor de las poesías:

—Bueno. Más café, Ann.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.


CUALQUIER MOMENTO ES BUENO...
D.D.T.
Sr. Juez
...PARA LEER
El DDT
LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS
SOLO CUESTA 2 PTS.

Ultimas novedades de

EDITORIAL BRUGUERA



COLECCIÓN PIMPINELA

Núm. 336 - Corín Tellado.
■ DOS ALMAS RECIAS
Núm. 337 - Laura Tur.
■ MI QUERIDO HÉROE
Núm. 338 - Agatha Mar.
○ ALMAS EN PELIGRO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN MADREPERLA

Núm. 232 - Nyhama.
■ SECRETO
Núm. 233 - M.ª Teresa Sesé.
■ LAS TERQUEDADES DE TRINI
Núm. 234 - Matilde Redón.
○ ESCANDALO EN EL «SIROCO»
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN ROSAURA

Núm. 176 - Mercedes Muntá.
■ CUANDO NACE EL AMOR
Núm. 177 - Marisé Salcedo.
■ NO QUIERO UN REINO
Núm. 178 - Corín Tellado.
○ PRISIONERO EN SUS REDES
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN AMAPOLA

Núm. 62 - M.ª del Pilar Carré.
■ EL ÚLTIMO DE LOS CLIVEDEN
Núm. 63 - M.ª Adela Durango.
■ LA MUCHACHA DE MONTECARLO
Núm. 64 - Bárbara Sanromán.
○ RELATO SENTIMENTAL
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN BISONTE

Núm. 277 - Sam Fletcher.
■ ORO, SEMILLA DE MUERTE
Núm. 278 - M. L. Estefanía.
■ MATANZA EN LAS VEGAS
Núm. 279 - Ket Segman.
○ EL AVENTURERO LOCO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

COLECCIÓN DETECTIVE

Núm. 20 - Vic Peterson.
■ EL CASO DEL BUSCADOR SINIESTRO
Núm. 21 - Arnold Briggs.
■ LÁPIDA DE MARMOL ROSA
Núm. 22 - Vic Peterson.
○ EL AMABLE PISTOLERO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN SERVICIO SECRETO

Núm. 141 - Kent Miller.
■ EL INFIERNO FLOTANTE
Núm. 142 - Tony Warton.
■ LA HORA FATAL
Núm. 143 - A. Robert.
○ EL SECTOR CONDENADO
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.



COLECCIÓN ALONDRA

Núm. 15 - Agatha Mar.
■ FLORES MANCHADAS DE ROJO
Núm. 16 - M.ª Esperanza Nevra.
■ SECRETARIA PARTICULAR
Núm. 17 - Georgia Rann.
○ ¡MÍA SERÁS!
APARICIÓN SEMANAL. PRECIO 5 PTAS.

■ Últimos volúmenes aparecidos.

○ Volúmenes de próxima aparición.



Precio: 5 ptas.

Notas

[1] *«Stup». Es llamada así comúnmente la Oficina, Federal de represión del tráfico de estupefacientes en los Estados Unidos.* < <